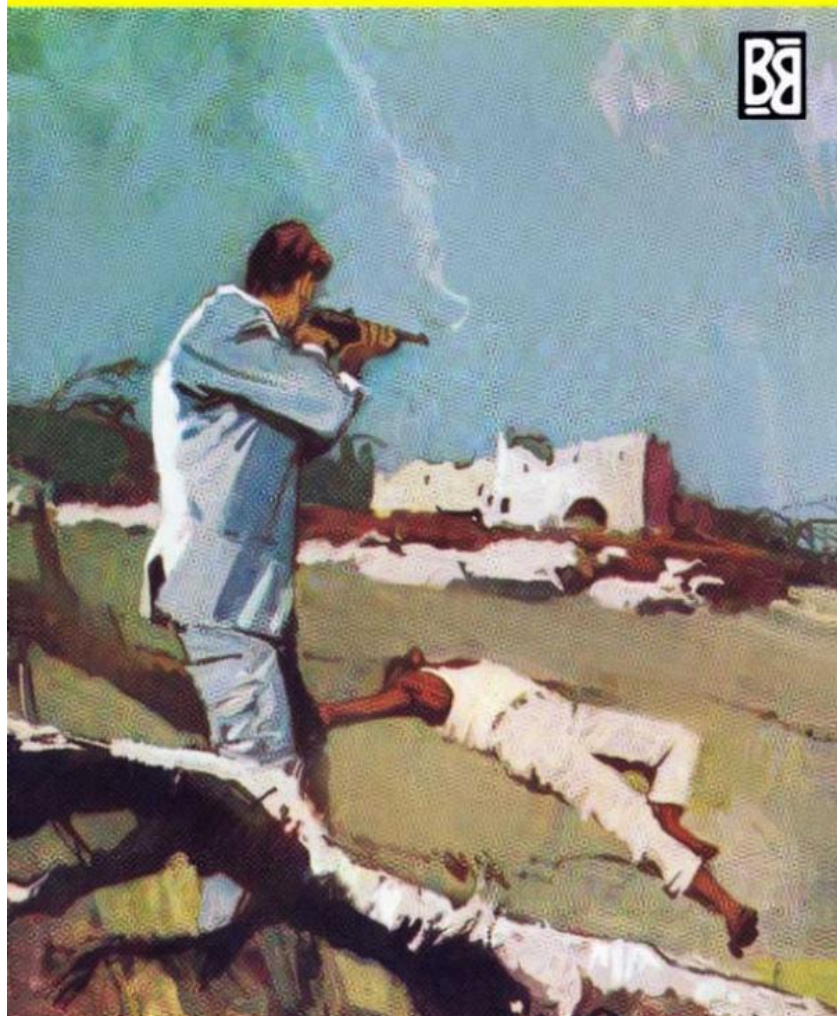


PUNTO
ROJO

i Simba!

silver kane



COLECCION

PUNTO ROJO





SILVER KANE

¡SIMBA!

Colección **PUNTO ROJO** n.º 290
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Dépósito legal: B 28.999 - 1967

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1967

© SILVER KANE - 1967
sobre la parte literaria

© DESILO - 1967
sobre la cubierta

© ALTAMIRA - 1968
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.033 — 10.000 dólares para el muerto

En Colección SERVICIO SECRETO:

887 — La red amarilla.

En Colección SALVAJE TEXAS:

599 — ¡Lucha, pistolero!

En Colección KANSAS:

491 — El póker de los vengadores.

En Colección BUFALO:

732 — La banda roja.

En Colección ASES DEL OESTE:

402 — La hora de los demonios.

En Colección METRALLA:

49 — ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO

243 — Melodía para un *ganster*.

En Colección BRAVO OESTE:

336 — La hija de la serpiente.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

158 — La isla del trueno.

En Colección COLORADO:

468 — ¡No habrá tiros!

En Colección CALIFORNIA:

576 — Los hermanos Gaylor.

En Colección PUNTO ROJO:

275 — El reino de las sombras.

CAPITULO PRIMERO

La habitación hubiera sido calurosa normalmente, a pesar de tener las ventanas abiertas, pero ahora un viento fresco penetraba en ella. El día estaba encapotado y gris y, por tanto, el sol no podía desplomarse sobre las casas con su acostumbrada fuerza. El aire que llegaba era del sur, es decir de las nevadas faldas del Kilimandjaro. Pese a esto, en la habitación, las aspas del ventilador giraban perezosamente, dando una sensación de calma tropical, de bochorno eterno.

Nick empujó la puerta sin llamar. Muchos años en África le habían hecho prescindir de bastantes costumbres occidentales. Por eso tampoco hizo ningún gesto de extrañeza o de reserva al ver a una, mujer negra en la cama. La negra era muy joven y estaba dormida. La habitación del hotel resultaba, sin duda, demasiado lujosa para sus costumbres; era probable que nunca hubiese descansado en un sitio así.

En la habitación, además de la cama en que descansaba la muchacha, había dos armarios empotrados blancos, la puerta del cuarto de baño, dos butacas, una mesa y una ventana desde la que se divisaba la lujuriente vegetación de los alrededores de Nairobi. Era uno de los hoteles más lujosos del África Oriental, y quería participar de las comodidades de la ciudad y del misterio de la selva. Pero uno recordaba enseguida que estaba en la civilización al ver desde la ventana aquellos anuncios de las fachadas del otro lado: «Drink Coca-Cola», «Players, please», «Esso Service».

—África ya no es lo que era —dijo Nick, acabando de entrar—. ¿No te parece, Ted? Dentro de poco habrá aquí embotellamientos de coches como en Londres. Y no se podrá aparcar.

Ted, el hombre que estaba sentado ante la mesa, se movió para mirarle.

Iba todavía en bata, porque seguramente acababa de levantarse de la cama. No hizo la menor referencia a la mujer negra que le había acompañado durante varias horas, porque sabía que Nick conocía sus costumbres perfectamente.

Por otra parte, los que llevaban muchos años en Kenya se habían acostumbrado a una vida muy espontánea, demasiado natural, donde a determinadas cosas se les negaba toda importancia.

Nick añadió:

—Diantre... Tienes cara de preocupado, Ted.

Era verdad. La cara de Ted reflejaba preocupación, casi miedo. Hacía muchos años que se conocían y, sin embargo, Nick nunca le había visto de ese modo.

Se sentó ante él y encendió un cigarrillo. Ninguno de los dos hizo caso de la negra, que seguía durmiendo.

—¿Qué te pasa, Ted?

El otro dijo roncamente:

—Estoy asustado...

—¿Por qué? ¿No marchan bien los negocios? ¡Caramba, yo quisiera estar en tu piel, muchacho!

—No digas tonterías. Y no me llames «muchacho». Ya no lo soy. Yo sí que quisiera tener tu edad, maldita sea.

Aquello era cierto. Ted resultaba ya un hombre maduro, bordeando la cincuentena, mientras que Nick apenas había cumplido los veintiséis años. Se conocían desde muchísimo tiempo atrás porque Nick había llegado en su niñez a Nairobi, cuando Ted era ya socio en los negocios de su padre. Ted participó en la guerra, entró con los ingleses en Addis Abeba y luchó luego con el VIII Ejército en Libia, en Tripolitania, en Túnez, en Sicilia y en Calabria. Aquellos eran los buenos tiempos, acostumbraba a decir. Luego se estableció de nuevo en Nairobi, engordó, envejeció y se aficionó al *whisky* y a las mujeres de color. «No hay otra cosa que hacer aquí —decía—. África es eso: Millas y millas de nada que hacer».

Nick pensó ahora que lo que le ocurría era eso: Estaba enfermo de aburrimiento.

—¿Por qué no vuelves a Londres una temporada? —murmuró—. Tú tienes dinero. Podrías hacerlo.

—Quizá lo haga... Pero será para huir, Nick.

—¿Huir? ¡Qué tontería! ¿Y de quién?

—De «Simba» —dijo lúgubrementes Ted.

Nick alzó un párpado. En sus ojos palpitó, durante algunos segundos, una sombra de inquietud.

No era la primera vez que oía aquel nombre, desde luego. Pero

ya creía que estaba olvidado en el fondo de sus recuerdos, olvidado para siempre...

* * *

Fue en las orillas del lago Victoria donde encontraron a aquella niña. Nick tenía entonces siete años, era su primera incursión en la selva y se sentía lleno de excitación, como si estuviese descubriendo un mundo nuevo a cada paso. Le parecía que aquel pedazo de tierra cubierto de vegetación, de árboles y lianas, no había sido hollado por nadie hasta su llegada. Y en cierto modo aquello era verdad, porque pocos hombres blancos se atrevían a entrar allí. Aquella era la región de los brujos, la amada «región de Simba».

«Simba» es el nombre que, por lo general, dan al león de las tribus africanas, pero ninguno de esa especie podía vivir allí, entre la espesa selva. El león prefiere las grandes sabanas, los enormes espacios de vegetación a media altura, al nivel de sus ojos, donde puede acechar sin ser visto. La selva espesa, el reino de los monos, de los felinos y de las serpientes, le asusta tanto como al hombre.

Pero, cosa extraña, había leones allí. Decían que los atraían los brujos.

Y fue justamente en ese lugar, en un claro de la selva, donde descubrieron a la niña.

* * *

Ted encendió un cigarrillo también, procurando que no se notara el temblor de sus manos.

—Fue el descubrimiento más asombroso que he hecho en mi vida —dijo con voz opaca, recordando aquello—. Sí, el descubrimiento más asombroso. Una niña casi blanca llorando en aquel claro de la selva. Leones por todas partes, leones al norte, al sur, al este y al oeste. Todos rugiendo de hambre todos dispuestos a devorar a un elefante con colmillos incluidos. Y sin embargo, ninguno de ellos había saltado sobre la pequeña. Ninguno... ¿recuerdas, Nick? Sólo un brujo hubiera podido explicar aquello.

Nick aspiró el aire fresco de la mañana, mientras pensaba que se estaba acercando la estación de las grandes lluvias. Aceptó el vaso

de *whisky* que le ofrecía Ted.

—Tú siempre has creído en brujos —susurró—. ¡Qué tontería! Desde que te empapaste de las costumbres de África, has estado creyendo en ellos a pies juntillas. Pero, ¿es que no te das cuenta de que África ha cambiado? Mira los anuncios: «Beba Coca Cola», «Players, por favor». Y, además, puedes encontrar los cigarrillos más baratos que en Londres. ¿Qué clase de brujería hay en eso?

Ted susurró con la mirada perdida:

—En África solo han cambiado las ciudades. Las selvas siguen igual. Una selva no es distinta porque, en uno de sus márgenes se instale una gasolinera.

—Bueno, quizá tengas algo de razón en eso...

—África no ha cambiado... —insistió Ted con voz ronca—. Las muchachas negras como esa que está descansando ahí, visten como las europeas, se han acostumbrado a usar la ducha y los perfumes y saben cobrar elevadas tarifas por sus minutos de amor, como una taxi-girl de occidente. Pero siguen creyendo en las viejas leyendas, en los ritos ancestrales de la selva. Como yo...

Nick trató de ignorar la voz tensa de su amigo. Trató de hacerle creer que todo aquello no tenía la menor importancia.

—¿Por qué no salimos a pescar un rato? —sugirió—. Hoy es domingo...

—Cuando encontramos a aquella niña también era domingo, ¿recuerdas? Tu primera excursión a la selva.

Nick cerró los ojos un momento.

* * *

Claro que lo recordaba... Aunque era un niño, escuchó atentamente todo lo que decían entonces los hombres como Ted. Que si aquella niña blanca era hija de alguna mujer que había sido raptada y violada por el reyezuelo de alguna tribu. Que, si por el contrario, era hija de algún blanco y de alguna negra. Lo que resultaba asombroso era su color casi perfectamente limpio, sin ninguna pigmentación, cuando lo lógico hubiera sido una mestiza. Ted decidió enviarla a un orfelinato, porque entonces, la pequeña tenía cuatro años. Fue en ese orfelinato, que estaba casi en el centro de Nairobi, donde una monja pereció devorada por un león.

«Absurdo, inexplicable... —habían dicho los periódicos en, ces—. ¿Cómo un león pudo llegar hasta el centro de la ciudad? ¿Cómo nadie lo oyó? ¿Y por qué la víctima no lanzó ni un grito?»

Nick creía estar viendo otra vez aquellos titulares a siete columnas, aquellos comentarios diciendo que parecía obra de magia. Lo cierto fue que a la niña la enviaron a Londres. Por entonces ya tenía siete años y un nombre: Victoria. Se lo habían impuesto en memoria de la reina más insigne que tuvo la Gran Bretaña. Claro que Nick, cuando iba a verla los domingos, la llamaba Vicky.

Luego todos se olvidaron de ella. Todos menos Nick, que ya trabajaba y enviaba dinero todos los meses para costear su educación. Sin embargo, nunca volvió a verla. A Nick, enamorado de África, no le había seducido jamás la idea de volver a Londres.

Pero fue a raíz del extraño suceso del orfelinato, cuando Ted empezó a creer en «Simba».

* * *

Movió un resorte y las aspas del ventilador giraron con algo más de violencia. La negra se desperezó y cambió de postura, pero unos segundos después volvía a estar dormida. Sacaba por un lado del lecho toda una pierna que resaltaba sobre las ropas impolutamente blancas.

Ted preparó otro *whisky* y lo bebió con ansia.

—Hablé con todos los brujos de la comarca —explicó poco después, mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano—. Tú no sabes lo que es eso, muchacho... Un mundo distinto se abría de repente ante mis ojos. Toda la zona donde encontramos a la niña pertenece al imperio de «Simba». Y él no perdona, te lo juro... Él no perdona...

Nick se apoyó en el respaldo del asiento y miró con aburrimiento a través de la ventana. Tonterías y nada más que tonterías, pero al fin y al cabo, casi todo el mundo acaba pasando por ellas. Era el sol de África, la soledad y el exceso de alcohol. Hay quién acaba creyendo que existe un misterio detrás de cada árbol.

—Sé que no me crees, Nick —dijo Ted lentamente—, pero yo entonces empecé a penetrar en el mundo de «Simba». Según me

dijeron los brujos, éste era un extraño e incomprensible ser, mitad hombre y mitad león. Jamás le había visto nadie, pero se conocían sus hazañas y sus implacables venganzas. ¿Tú te acuerdas de Holt?

—Sí, aquel luchador borracho...

—El mismo. Vino a hacer unas exhibiciones de lucha americana a Nairobi y se quedó aquí. Le gustaba el ambiente, la sensualidad que impera en este lugar... Pero bebía como una bestia.

—Sí. Lo recuerdo.

—¿Tú sabes que desapareció?

—Sí. En el periódico donde yo trabajaba entonces estuvimos algún tiempo dando vueltas al asunto. Se lo tragó el humo... ¡puf...! voló como vuelan tantos en África.

—Voy a contarte un secreto, Nick. Pero tienes que jurarme que nadie más lo sabrá.

Nick parpadeó...

—¡Vaya! ¡Qué clima tan dramático! ¿Y qué clase de secreto es ese?

—Prométeme que no lo contarás a nadie.

—Prometido... Sabes que puedes confiar en mí.

Ted encendió otro cigarrillo, ahora sin querer disimular ya el temblor de sus manos.

—Ya sabes que yo soy uno de los mejores cirujanos de Kenya, pero entonces estaba obsesionado. Llevé a Holt a un pabellón de mi viejo hospital de Kilimbaro.

—¡Pero si aquello está abandonado...!

—Sí, muchacho... Era un hospital que se caía de viejo y decidimos abandonarlo. Pero sigue teniendo habitaciones, puertas y alguna cama oxidada por los años. Yo llevé a Holt allí. Le prometí que tendría *whisky* y mujeres. Tantas como quisiese... A cambio, yo le operaría de una dolencia que durante los últimos meses venía atormentándole.

—¿Qué era?

—Un tumor cerebral. Un pequeño tumor benigno, según vi luego, pero que le producía ya unos insoportables dolores de cabeza. Holt aceptó encantado. En ningún sitio habían aceptado operarle gratuitamente.

—¿Y lo hiciste?

—Sí. Pero mi plan era otro.

—No acabo de entenderte, Ted. Hasta tengo la sensación de que has pasado la noche bebiendo.

—No, muchacho. Si he traído esta mujer aquí, ha sido precisamente porque quería olvidarlo todo. Estoy más sereno que nunca y por eso veo todas las cosas con el frío horror que las rodea.

—En fin, si sigues explicándote, quizá entienda alguna cosa...

—Hice un injerto cerebral. Es una técnica que no se aplicaba entonces y que no ofrece aún ninguna garantía, pero con Holt me atreví. Él no necesitaba el cerebro para nada, al fin y al cabo. Era puro instinto. Introduje en el suyo varias pequeñas porciones del cerebro de un león recién muerto. Quería saber cuál era el resultado.

Nick le miró con asombro.

—¿Querías crear tú a tu propio «Simba»?

—Quería saber si los brujos de la selva tenían razón. Si el hombre-león era posible.

—¡Tú estabas loco, Ted!

El otro sonrió tristemente.

—¿De veras crees que lo estoy, muchacho?

—Eso era un crimen no solo contra la humanidad, sino también contra la ciencia. Nunca debiste atreverte a una cosa así.

—Estoy de acuerdo, pero, ¿no quieres saber lo que ocurrió?

—Cuéntamelo, ya que has empezado. Pero hubiera preferido que el secreto siguiese siendo tuyo.

Ted tosió. Hasta el humo del cigarrillo le resultaba insoportable.

—Desgraciadamente, ya nada hay mío, muchacho... Pero te contaré lo sucedido. Yo iba a ver a Holt cada dos días, fingiendo dirigirme a pescar. No me resultaba difícil conseguirle mujeres de las tribus cercanas. Él era poco exigente... También le llevaba comida, medicamentos y, sobre todo, alcohol, mucho alcohol. Él se mostraba satisfecho, pero sus costumbres empezaron a cambiar. Sus ojos eran distintos y cierta vez me di cuenta de que su mirada era exactamente la de un león. Cada vez que acercaba su mano a mí, yo tenía la sensación de que era una garra. Empezó a pedirme carne cruda, y a poder ser recién muerta. Yo estaba asustado... No sé si me comprenderás. Fue entonces cuando yo empecé a beber también. Tú siempre me lo reprochabas.

Nick asintió en silencio.

Estaba inquieto él también. Todo aquello le producía una lejana e indefinible sensación de vértigo.

—Sigue —musitó.

—Dejé de proporcionarle mujeres de las tribus cercanas. Las que habían estado con él una vez ya no querían volver, aunque las obligaran sus padres. Yo me sentía avergonzado... Estaba seguro de que, cualquier noche, Holt cometería un crimen espantoso, y yo no estaba dispuesto a llegar más lejos. Hubo un momento en que ya no le llevé alimentos, en que ya me despreocupé de él. Tampoco puedes imaginarte lo que era eso. Todas las noches soñaba con oírle volver. Dejé mi casa y me trasladé a este hotel, porque aquí me sentía más seguro. Pero pasaron tres meses y Holt no apareció. Pensé que debía haber muerto y empecé a tranquilizarme, aunque reconocía que en todo caso era yo el culpable.

—¿Y ha muerto de verdad? —preguntó Nick, tras unos instantes de penoso silencio.

—No.

—Entonces ¿es que... has vuelto a verle?

—Sí. Anoche estuvo aquí.

Nick se estremeció. Tensó un momento su cuerpo, mientras evitaba mirar a su viejo amigo. Entonces sus piernas, al extenderse un poco bajo la mesa, tropezaron con algo. Eran dos botellas de *whisky* vacías. En menos de doce horas, Ted iba pues por la tercera. ¡Y, sin embargo, no estaba borracho!

Más bien su lucidez resultaba siniestra, espantosa casi.

—¿Cómo llegó hasta aquí? —balbució Nick.

—Pues normalmente... En un taxi. Yo siempre había pensado que, si alguna vez volvía, lo haría de noche y convertido en una especie de fiera, que debería deslizarse por las esquinas oscuras. Pero en lugar de eso, lo hizo convertido en un caballero. ¡Tenías que haberle visto! Llevaba un traje blanco, impecable, sombrero de paja y bastón. Sus zapatos estaban recién lustrados, y su camisa era impecable. Sólo seguía teniendo aquella mirada especial, aquella mirada que me daba frío... Entró en la habitación, se sentó dónde estás tú y me preguntó si estaba extrañado de verle.

—Tú le dirías que sí, claro...

—¡Por supuesto que estaba extrañado! ¡Si no llegó a estar sentado en aquel momento, me caigo! Pero Holt se comportó

correctamente. Me dijo algo asombroso: que había encontrado a «Simba».

—¿Quién infiernos es «Simba»?

Ted se llevó ambas manos a la cabeza, como si esta estuviera a punto de estallarle.

—Por favor, Nick, no empecemos a dudar ahora. ¡Todo lo que te digo es cierto! ¡Me ha sucedido a mí mismo y en esta habitación dónde estamos ahora! «Simba» es el extraño ser a quién adoran los brujos, mitad hombre mitad león. El ser misterioso a quién ningún europeo ha visto jamás, pero del cual los brujos hablan como si fuese para ellos tan familiar como el fuego... Pues bien, Holt me dijo que lo había encontrado. Que «Simba» lo hizo amigo suyo, y que él no me guardaba ningún rencor, pero que quizá alguna vez me mataría. Que lo haría sin duda cuando «Simba» se lo ordenase.

—¿Quería avisarte?

—Sí. Era algo semejante a una invitación para que yo me marchara de Kenya. Daba más miedo que una amenaza... El, ahí dónde estás tú, tan elegante y tan rígido, diciéndome que mataría en cuanto se lo ordenara un ser de pesadilla...

—¿No te explicó de dónde había sacado sus ropas?

—No, eso no, pero en cambio me dijo algo mucho más inquietante.

—¿Qué?

—Me explicó cómo podría reconocer a los amigos de «Simba».

Nick parpadeó, mientras una corriente de aire frío parecía recorrer su espalda.

—¿Cómo los reconocerías?

—Todos llevan una uña más larga que las otras: la del pulgar izquierdo. Todos comen la carne casi cruda. Todos apoyan las manos en las paredes en los momentos de angustia.

Aquella sensación de vértigo que ya casi dominaba por completo a Nick, se hizo más fuerte, más intensa.

—Todo eso... son tonterías —balbució.

—Hay varias personas repartidas por el mundo que tienen esas características. Me dijo Holt que me guardara de ellas. Cualquiera puede matarme sin que me dé cuenta.

Ted se apoyó en la pared. De repente parecía muy cansado, como si hubiera hecho un terrible esfuerzo. El batín se había

entreabierto y se veía su pecho subir y bajar demasiado aprisa. Estaba jadeando. Al fin se sirvió un nuevo chorro de *whisky* y lo bebió con ansiedad.

Nick trató de que su voz sonara perfectamente tranquila.

—¿Qué hizo luego Holt?

—Pues... desapareció.

—¿Dijo adónde iba?

—Te sorprenderás.

—¿Por qué?

—Dijo que iba a ver a Vicky.

Nick tuvo ahora un estremecimiento. Se sirvió él también un largo chorro de *whisky*.

—¿Sabe dónde está?

—¡Por Dios! ¡Él lo sabe todo! ¡Nadie le dijo dónde estaba yo, y él supo encontrarme!

—Eso es muy distinto.

Ted suspiró desalentado.

—Bueno, yo no lo discuto. Lo cierto fue que me dijo que iba a verla. Me saludó con una sonrisa burlona y desapareció. Eso es todo.

Nick hubiera preguntado muchas cosas más, toneladas de cosas más, pero en aquel momento la negra volvió a desperezarse y esta vez se despertó del todo.

Con la naturalidad que había heredado de sus padres, saltó del lecho y se dirigió a Ted. No llevaba nada encima.

—¡Pobrecito mío! —su voz era gangosa y nasal, pero agradable ¡Estás muy preocupado! ¿Quieres que te cuide?

Ted hizo un gesto de hastío.

—Tengo a ese amigo mío ahí.

—Es igual. No va a ver nada del otro mundo...

Nick se puso en pie y caminó lentamente hacia la puerta.

—Me voy, Ted.

—¿A dónde?

—Prefiero dejarte solo ahora. Me has puesto la cabeza como un tambor.

—¡No he hecho más que decirte la verdad!

—Y yo te creo, pero necesito reflexionar sobre todo eso. Es todo tan extraño, tan... ¡tan antinatural! Puede que vuelva a verte

mañana. Creo que los dos necesitamos reflexionar bastante.

Salió de la habitación y, al pasar por el bar del hotel, pidió una botella de *whisky*.

El camarero negro le mostró en una sonrisa su doble hilera de fabulosos dientes.

—¿Se la bebe aquí, señor?

—No. Me la llevo puesta.

Nick acarició la botella mientras caminaba hacia su casa bajo las primeras gotas de lluvia. La verdad era que necesitaba aquel *whisky* escocés más que una chica, aunque ella también fuera escocesa.

Y eso que hay algunas que no están mal del todo.

CAPITULO II

A pesar de las fuertes lluvias, el servicio aéreo funcionaba con regularidad. La ruta normal de aquellos DC-8 pasaba por Addis Abeba y por El Cairo antes de alcanzar Europa. En la sala de espera del aeropuerto de Nairobi hacía calor, a pesar de que seguía soplando un viento suave que llegaba del: Kilimandjaro.

Nick compró un ejemplar de los principales periódicos extranjeros que llegaban a la capital: El «Times», la edición europea del «New York Herald», y «Le Monde». Fue entonces cuando una voz gangosa —que le recordó a la de la cortesana de color que había en la habitación de Ted— les invitó a dirigirse a la pista.

Una mano se posó en la espalda de Nick.

Todo el mundo le llamaba «muchacho» a causa, de su juventud. Claro que el hombre que acababa de saludarle también era joven.

Se trataba de Temple, el ingeniero. Temple llevaba años efectuando obras en África Oriental por cuenta de compañías inglesas o yanquis. También realizaba prospecciones petrolíferas, basándose en una teoría según la cual no era lógico que a un lado del Golfo Pérsico hubiese petróleo y al otro no. Pero por el momento no había obtenido el menor éxito.

Llevaba mucho dinero invertido en torres y en perforaciones que luego no le servían de nada. Pero él siempre afirmaba que con un golpe de suerte acabaría haciéndose millonario.

—¿Vas a Londres?

—Sí. Tienen un encargo que hacerme allí. ¿Y tú?

—Yo voy a conocer Londres —confesó Nick.

Era increíble que en todos aquellos años no hubiese ido una sola vez a la capital del viejo Imperio. Kenya era ahora un país independiente, pero seguía manteniendo estrechos lazos con la antigua metrópoli. Ir a Londres era aún, para los residentes en Nairobi, viajar a la Madre Patria. Quizá por eso, por el hecho de que las posibilidades de ir a Londres fuesen muchas, Nick lo había ido soslayando. Es frecuente el fenómeno del que viaja a muchos sitios difíciles porque piensa que los fáciles ya los verá en cualquier

momento, y a veces se muere sin verlos.

Los dos hombres tomaron asiento juntos en el DC-8. Cuando los cuatro reactores empezaron a funcionar, ambos se sujetaron los cinturones. Nick cerró los ojos un momento.

No había habido segunda entrevista con Ted. Este le escribió aquella misma noche y le envió la carta por medio de un mensajero negro. Iba a hacer un largo viaje para olvidarse de todo aquello, y salía enseguida, en un avión que le llevaría hasta Salisbury y de allí a Ciudad del Cabo. Dentro de seis meses, quizá de un año, cuando hubiera pasado todo, volverían a verse.

Nick pensó que así era mejor. Al fin y al cabo, todo había sido como el soplo de una pesadilla. Nada real, nada concreto, pero, sin embargo, daba miedo. Sí. Al encontrarse en otros ambientes, el viejo Ted llegaría a olvidarse de todo aquello.

El avión despegó. Una inmensa mancha verde apareció de pronto ante los ojos de los dos hombres.

—Siento dejar África —musitó Temple—. Siento dejarla aunque solo sea durante unos meses.

—¿Por qué?

—Porque las mujeres blancas son ya más listas que nosotros —dijo el ingeniero con tristeza—. Te hacen trabajar como una mula, te echan cada bronca de espanto y encima tienes que nombrarlas herederas. Aquí —suspiró— es distinto...

El gigantesco aparato se perdió entre las nubes bajas.

* * *

Dejó el «tube» o Metro de Londres, en Charing Cross, y fue caminando hacia Nelson Square, que había visto miles de veces en fotografías pero nunca en la realidad. Aquella mañana era tranquila y había docenas de palomas ganándose la vida en torno al monumento más alto de Inglaterra. Funcionarios vestidos con americana negra impecable, pantalones rayados bien planchados, sombrero bombín y el inseparable paraguas, se dirigían a los cercanos ministerios. Algunos turistas cargados de máquinas fotográficas subían las escaleras que llevan a la Galería Nacional.

Nick estaba un poco aturdido ante el movimiento de Londres y el ajetreo de la ciudad. Las mujeres le parecían mediocres en

general, pero reconocía que la inglesa que sale guapa lo es como para hundir un acorazado. Casi todas iban bien vestidas, tenían un aire elegante y su piel era finísima. Hacía recordar, en un contraste casi brutal, la piel áspera de las negras.

Luego Nick subió hasta Picaddilly. Hay poca distancia. En la plaza más famosa de Londres, el ajetreo parecía aún más compacto que en Nelson Square.

Siguiendo una repentina intuición, tomó otra vez el «tube», en la «red line», o «línea roja», lo dejó en Leicester Square y se introdujo en una calle tranquila y apacible donde solo había rejas silenciosas y coches impecablemente aparcados.

Allí existía un colegio femenino cuya dirección, conocía muy bien Nick por haber estado enviando dinero desde que empezó a trabajar, a los quince años.

Llamó a la puerta. Una gruesa matrona le abrió y le miró de pies a cabeza con expresión inquisitiva.

—No es hora de visita —murmuró—. ¿Qué quiere?

—Sólo desearía saber cómo se encuentra la señorita Vicky.

—¿Vicky y qué más?

—Forrester.

—Ah, la de la institución Forrester...

Cuando la niña fue recogida, la llevaron a un orfelinato para blancos. Era el Orfelinato Forrester, y por eso impusieron a la niña el mismo apellido. Era lo normal, porque no tenían ni idea de quiénes pudieran ser sus padres. Aquel orfelinato fue el lugar donde una monja resultó incomprensiblemente devorada por un león. Luego la pequeña fue enviada a Londres, y Nick se enteró de su dirección y le envió dinero todos los meses para que se le costearan unos estudios superiores. Pero no lo hacía a su nombre, sino al de los que la habían recogido primero. Teóricamente las remesas de fondos eran enviadas por la Institución Forrester.

La matrona le dirigió una tímida sonrisa.

—Llega usted tarde. Lo siento.

—¿Llego... tarde?

—Creí que lo sabía.

—¿Saber qué? He llegado de África hace poco. De Nairobi, donde ella vivió un tiempo.

—Pues si ha hecho un viaje expresamente para eso lo siento con

doble motivo, señor... Vicky se ha casado. Se ha casado esta misma mañana.

* * *

El taxi le dejó ante la catedral de San Pablo, después de haber pasado por la famosa Fleet Street, dónde están concentrados todos los periódicos de Londres, algunos de los cuales siguen figurando entre los más importantes del mundo. La catedral protestante de San Pablo, inmensa y fría mole que domina la fisonomía de Londres, le pareció a Nick impresionante al mirarla desde abajo. Él estaba habituado a los lugares tranquilos y a las casas más bien bajas.

Dentro sonaba música. Nick entró.

El templo daba la sensación de un inmenso panteón, con gran cantidad de solemnes y frías estatuas que recordaban a los muertos ilustres, a los pastores y a los ministros de aquella iglesia. En la parte central se estaba celebrando una boda, y Nick suspiró con alivio al ver que había llegado a tiempo.

No asistían muchas personas a la ceremonia, pero todas ellas eran distinguidas y elegantes. Nick pudo colocarse cerca del lugar donde estaban los contrayentes, y entonces vio a Vicky por primera vez en su vida.

Cuando uno recuerda a una niña desvalida que llora en un claro de la selva, difícilmente llega a acostumbrarse a la idea de que esa niña se convertirá en una mujer. Cuando uno la ve partir llorando de un orfelinato porque la llevan a un país desconocido, no se acostumbra a la idea de que las cosas hayan de cambiar.

Pero las cosas habían cambiado.

Y de verdad, demonios.

Nick se quedó con la boca abierta mientras miraba a aquella espléndida mujer que no le recordaba para nada a la llorosa niña. Vicky Forrestal era ahora una muchacha maravillosamente torneada, con la elegancia de una inglesa y la gracia felina de una negra. Sus ojos eran rasgados, sus labios gordezuelos, y su tez ligerísimamente mate. Tenía una belleza híbrida, excitante, y que la hacía distinta de todas las demás mujeres. En cierto modo Vicky era un producto único, lo que quizá se explicaba por el misterio de su

nacimiento. El vestido de novia no era largo, sino hasta las rodillas, y permitía ver unas piernas sencillamente sensacionales. Había algo desconocido en ella, algo que excitaba la ternura, quizá la compasión, y al mismo tiempo un vehemente e inconfesado deseo.

Todo eso lo sintió Nick en pocos minutos, solo al verla cerca. Y pensó entonces tristemente que era una lástima el que ella ignorara su existencia. Y el que no la hubiera conocido un poco antes de este decisivo momento.

Porque ahora ya era tarde para todo. Prácticamente iba a convertirse en una mujer casada.

Su novio, un hombre joven, alto y elegante, le estrechaba las manos. Los dos miraban al ministro celebrante.

Este les declaró marido y mujer, y ambos se besaron tímidamente mientras todos los invitados carraspeaban: las mujeres con nerviosismo, los hombres con envidia.

Nick estaba como sumido en un extraño sueño. No se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Pareció despertar cuando alguien susurró a su oído:

—¿No felicita a los novios?

Miró frente a sí. Todos los invitados estrechaban las manos de los contrayentes, y estos se lo agradecían con alguna palabra amable. De un modo casi maquinal, Nick avanzó también. Hubiera querido marchar, pasar inadvertido, pero sentía al mismo tiempo como si le empujara la lejana fuerza de sus recuerdos.

De pronto se encontró frente a aquellos ojos rasgados y quietos, frente a aquella boca y pulposa.

Vicky le miró con extrañeza.

—Perdón —musitó—. Creo que...

—No me conoce, ¿verdad?

—No. Es decir... Podría estar confundida.

—No lo está. Nos vimos hace años, pero es imposible que usted lo recuerde. Yo he venido desde Nairobi.

—¡Nairobi!

—Soy... muy amigo de los que dirigen la Institución Forrestal.

Los ojos de Vicky se iluminaron. Sonrió, y entonces Nick se dijo que aquellos labios habían sido hechos para el amor, aunque ni ella ni él llegaran a confesárselo nunca.

Vicky miraba a su marido.

—Ya sabes quiénes son los de la Forrestal. Sin ellos no hubiera sido nada... ¿Y ha venido usted expresamente, señor...?

—Nick. Me llamo Nick. Pero no, no he venido expresamente. Ha sido una casualidad. Fui a verla al colegio y me dijeron que si me apresuraba aún llegaría a tiempo para su boda.

Ella suplicó:

—Por favor, quédese a la comida.

—No... Es que... ¡ni siquiera voy vestido como los demás!

—Se lo suplico —dijo ella—. Yo se lo debo todo a ustedes. ¿No te sabe mal, verdad, Chris?

Chris era el marido. Era el pájaro que tendría la suerte de averiguar si aquellos labios estaban hechos para el amor o estaban hechos para otra cosa.

Chris dijo que no, que no le sabía mal.

Y así fue como Nick se encontró en un restaurante típico del Soho, sentado cerca de una de las mujeres más bonitas que había visto en su vida y teniendo la sensación de que todavía estaba viviendo un extraño sueño.

El restaurante era húngaro y la comida resultó asombrosamente pródiga en sorpresas culinarias. Muchas de las cosas que le sirvieron no las había probado nunca Nick, pero reconoció que allí se comía bastante mejor que en África. Y el vino de Tokai acabó por hacerle pensar que la vida era maravillosa, a pesar de que a Vicky se la llevase otro.

Cuando los novios se despidieron, él volvió a tener aquella extraña sensación de irrealidad.

No, aquella muchacha impecable, bonita, sonriente, no podía ser la que un día encontraron en un claro de la selva. No era la misma que, de un modo misterioso, estaba relacionada con el secreto de «Simba»...

Ella le estrechaba la mano.

—Espero que nos volvamos a ver pronto, Nick.

—Será difícil. Tú te irás de viaje...

—Sí, pero luego regresaré a Londres. Además, la primera noche la pasaremos aquí, en el «Hotel Kingsdom».

Sintió el contacto cálido de la piel de la mujer y, en contra de su voluntad, tuvo que pensar en la suerte que tenía el hombre que iba a hacerla suya.

—Hotel «Kingsdom» —balbució.

Pero ya ella se había alejado. Ya no era más que un recuerdo y un contacto cálido en la mano derecha.

Nick lamentó no tener la botella de *whisky* que se había bebido entera en Nairobi.

Aunque esta vez, la verdad, hubiera preferido la chica.

CAPITULO III

El «Hotel Kingsdom», pese a su pomposo nombre, era moderno, acogedor y tranquilo. Estaba situado frente al lado este de Hyde Park. Una atmósfera victoriana y selecta se combinaba hábilmente con los televisores ultramodernos, con los equipos de hi-fi en todas las habitaciones, con las camareras de caderas ondulantes que de vez en cuando uno encontraba por los pasillos.

Desde que llegó a Londres. Nick se regía por oscuros deseos, por razones profundas que le era difícil comprender. Otra vez era como si viviese un sueño. Cuando abandonó el restaurante húngaro y salió a la calle, comprendió que le sería imposible conciliar el sueño aquella noche. Era increíble, pero deseaba a Vicky como jamás había deseado a otra mujer en su vida.

En esa clase de sentimientos se produce una especie de masoquismo, una oscura necesidad de recrearse en el propio dolor. Nick comprendió que necesitaba estar cerca de la chica, que tenía que sentirse cerca de ella aunque supiese que Vicky estaba en brazos de otro hombre.

Había llegado a obsesionarse. Y por eso se encontró ante las puertas del «Hotel Kingdom».

Una fuerte propina a un camarero le sirvió para enterarse de que los novios habían ocupado la *suite* número ocho. Y que la diez, la vecina, estaba libre.

Por eso Nick estaba ahora en una *suite* que no necesitaba para maldita la cosa. Y por eso miraba la puerta que comunicaba con la otra, con la número ocho, tras la cual estarían ocurriendo cosas al fin y al cabo normales, pero en las que a él le daba vértigo pensar.

Se preguntó si se estaría volviendo loco. ¿Se había vuelto un ser primitivo, un verdadero africano dispuesto a perseguir hasta donde fuera a la mujer que le gustaba?

Era posible.

Porque ese es lo malo —dicen— del sol de África.
Le pone a uno que quema.

* * *

Nick se tendió en el lujoso lecho, sin desnudarse, y cruzó las manos bajo la nuca. Sabía que le iba a ser imposible dormir. Sabía también que se avergonzaría si un día Vicky llegase a saber que, en su noche de bodas, él había estado separado de ella tan solo por un tabique.

La *suite* constaba de dormitorio, sala y cuarto de baño. Maldito si Nick necesitaba aquella sala inmensa y fría, apta para recibir a visitas de compromiso. Maldito si necesitaba para él solo una cama tan blanda y tan grande.

Era todavía muy temprano. Más allá de las ventanas, Londres vibraba. Sólo el hecho de hallarse enfrentado con Hyde Park aislada en parte al hotel de los mil ruidos de una ciudad que va perdiendo señorío y va adquiriendo frenesí de día en día.

De pronto Nick creyó oír un mido especial al otro lado del tabique, a cinco o seis yardas de distancia.

Era como un runruneo lejano. Como el sonido gutural que produce la fiera al masticar su propia furia, antes de atacar. Un sonido que para otros no hubiera significado nada... ¡pero que a él le heló la sangre en las venas!

Se encontró de pie en el centro de la habitación, sudando, mientras todos sus sentidos estaban presos del avance de aquel rumor incomprensible.

Era como el de un león que se dispone a atacar. ¡Exactamente el mismo!

Y fue entonces cuando oyó aquel grito agónico, terrible, aquel grito de un hombre que se da cuenta de que va a atravesar en cuestión de segundos la frontera de la muerte.

CAPITULO IV

Nick no lo pensó ni un segundo más. Siguiendo simplemente su instinto, saltó hacia la puerta, la abrió y salió al pasillo.

La puerta de la *suite* contigua estaba cerrada, peor él se lanzó en tromba para derribarla. Nadie se había alarmado aún en el pasillo, quizá porque en aquella zona solo se encontraban las habitaciones de gran lujo, y solo dos de ellas se hallaban habitadas en aquel momento.

La puerta cedió. Nick entró como una tromba en aquel conjunto de piezas que eran idénticas a las suyas, con la única diferencia de que éstas estaban adornadas con gran número de ramos de flores.

Atravesó la sala y entró en el dormitorio. Lo que vio allí le hizo lanzar un verdadero aullido.

El marido de Vicky yacía materialmente destrozado sobre el lecho, en medio de un baño de sangre. Llevaba camisa y pantalón cuando fue atacado, pero todo había sido reducido a jirones en unos momentos. Su cuello estaba completamente desgarrado por lo que parecía el impacto de una enorme zarpa. Parte de su mejilla derecha había sido arrancada por unos terribles dientes, y yacía sobre las ropas. El espectáculo solo podía resistirlo un hombre que se hubiese encontrado de vez en cuando con víctimas de las fieras en la selva.

Aun así, Nick sintió que las rodillas le temblaban. Tuvo que apoyarse en una de las paredes.

Fue entonces cuando oyó aquellos desesperados golpes. Alguien aporreaba desde dentro el cuarto de baño. Nick fue a abrir, suponiendo que se trataba de Vicky.

En efecto, era ella. Vicky cayó materialmente en sus brazos. Iba en camisa de dormir, porque sin duda había entrado en el cuarto de baño para cambiarse. Lanzó un gemido de sorpresa al verle allí, pero ese gemido se transformó en un grito de angustia cuando miró

por encima del hombro de Nick. Y cuando se dio cuenta de la tragedia mortal que se había desarrollado más allá de la puerta.

No pudo resistirlo. Lanzó un gemido y cayó a tierra, mientras Nick aún la sujetaba por un brazo. Asó le encontró la policía, inmóvil, como hipnotizado, cuando un agente de servicio en Hyde Park, llegó a la habitación un par de minutos más tarde.

* * *

En el despacho hacía frío. Una de las ventanas estaba abierta y por ella entraba la impalpable neblina del Támesis. El inspector la había abierto para que se evadiese el humo, pero la atmósfera seguía estando cargada igual.

Los pasos del policía resonaban rítmicamente, uno tras otro y siempre al mismo compás, como los de un centinela que hace una ronda por delante de su garita.

Se volvió hacia Nick, que estaba sentado ante la mesa.

—¿Está usted dispuesto a firmar esa declaración? —preguntó.

El alzó la cabeza. Por primera vez tenía la sensación de haber despertado del sueño. Todo era espantosamente real. Vicky era ya una viuda sin que su marido la hubiese tocado a un pelo de la ropa. Y él estaba siendo interrogado en Scotland Yard como sospechoso. No se trataba ya de un maldito sueño.

—Estoy dispuesto a firmarla —dijo—, puesto que corresponde a la más estricta verdad.

—Como policía le he advertido antes que todo cuanto dijese podría ser usado en contra suya ante un tribunal. Y ahora le advierto que esa declaración le perjudica enormemente.

—¿Por qué?

—Está llena de puntos incomprensibles.

—¿Cuáles?

—Pero ¿es posible que lo pregunte aún? —el policía estaba nervioso—. En primer lugar, usted nunca había estado en Londres y de repente vino, coincidiendo con la boda de Vicky. Punto incomprensible número uno. Ningún tribunal creará que es casualidad.

—Pero lo fue... ¡Debe comprenderlo! ¡Lo fue!

El policía hizo un gesto con la diestra.

—Punto incomprensible número dos. Usted era quien le enviaba dinero para que se educase. Hemos comprobado ese punto. ¿Por qué, si no la había visto desde que era una criatura?

—Simple compasión. A usted le será difícil comprenderlo porque no la vio llorando en aquel claro de la selva, rodeada de leones que, sin embargo, no la atacaron. Porque no la vio más tarde expulsada de un orfelinato a causa de que les daba miedo. Sí, miedo... ¡y era solo una niña! Todos decían que ella atraía al león...

El inspector tragó saliva penosamente.

—Otra vez esa historia estúpida de los leones...

—Es cierta. ¿Qué otra cosa puedo decir?

Nuevamente se movió la mano derecha.

—No creo en lo de los leones —dijo el policía—. ¡No lo creeré nunca! Pero olvidemos ese detalle hasta que lleguen los informes de la autopsia. Punto incomprensible número tres: la coincidencia de que usted ocupa la *suite* de al lado.

Nick hundió la cabeza.

—Es vergonzoso, pero soñaba en ella —confeso—. La deseaba con todas mis fuerzas. No podía evitarlo.

—¿Se da cuenta de que habrá otra cosa que ningún tribunal podrá evitar tampoco?

—¿Cuál?

—Declararle culpable.

Nick alzó la cabeza de pronto.

—¡Pero yo no pude causarle aquellas heridas! ¡Sólo pensar eso es absolutamente ridículo!

El inspector le puso el papel ante los ojos.

—Firme.

Creyó que Nick se resistiría después de lo que el mismo le había dicho, pero Nick firmó.

—Mi obligación es encerrarle —dijo el inspector—. Y estoy seguro de que el juez lo confirmará. ¿Quiere nombrar algún abogado?

—No conozco a ninguno... Aconséjeme usted.

—Elíjalo cuando el juez diga lo que hay que hacer con usted —opinó el inspector—. Ahora ya ha firmado la declaración... No creo que se pueda encontrar mejor sospechoso que usted, amigo. Y en cuanto a las heridas, ya iremos aclarando cómo las produjo...

Nick tomó un cigarrillo de los que había sobre la mesa y lo encendió, procurando serenarse. No había dicho nada de lo de Ted, de lo de Holt, de la extraña y siniestra historia que escuchó en Nairobi. Pero, aun así, su declaración era como para hacer estremecer a cualquiera. Como para hacer creer en los brujos.

En aquel momento alguien llamó con los nudillos en la puerta.

—Adelante —dijo el inspector.

Era un sargento que llevaba unos papeles en la mano derecha. Los puso sobre la mesa.

—Los resultados de la autopsia, inspector.

—Gracias.

Cuando el sargento se hubo alejado, los dos hombres que ahora estaban solos en el despacho quedaron en silencio.

El policía parecía no querer tocar los documentos. Dio varias vueltas a la mesa, como un gato que no se atreve a lanzarse sobre una sardina. Fue Nick el que hubo de animarle.

—¿Qué le ocurre? ¿Es que ha empezado a creer en mi historia?

—No diga estupideces.

—Entonces, ¿por qué no lee eso?

—No tengo prisa.

—Yo sé lo diré. No lo lee porque tiene miedo a que yo le haya contado la verdad; a que sea cierto que ese hombre resultara muerto por un león.

El inspector sonrió secamente.

—Le advierto que las heridas las ha visto además un auténtico especialista; el jefe de la sección de fieras africanas del Zoo de Londres.

—Mejor aún; entonces no habrá duda.

El inspector se encogió de hombros. Las palabras de Nick eran, al fin y al cabo, como un desafío. Tomó el informe y pasó por alto los detalles técnicos preliminares, como identificación, orden de las pruebas realizadas y sistemas empleados, hasta llegar directamente a las conclusiones de la autopsia.

Estuvo leyendo unos instantes. Luego dejó caer el informe sobre la mesa.

Su rostro había palidecido. Ahora era tan blanco como los papeles que acababa de soltar.

—Es absurdo —balbució.

—¿Qué opinan? —dijo Nick.

—Que la muerte fue causada por las zarpas y la dentadura de un león.

Nick cerró un momento los ojos. La verdad era que esperaba oír aquello, pero al mismo tiempo deseaba estar equivocado. La noticia no era solo espantosa, sino además incomprensible. Y lo incomprensible es una de las cosas que dan más miedo al ser humano.

El inspector balbució:

—Está perfectamente claro que no puedo acusarle a usted. De todos modos, por puro trámite, pasaré su asunto al juez.

Oprimió un timbre y volvió a entrar el mismo sargento de la vez anterior.

—Llévese al detenido —ordenó el inspector—, y diga a los de la móvil que tengan listo un coche. Voy a ir a hablar personalmente con el juez y con el especialista que examinó las heridas. Luego, según lo que me digan, voy a estar bebiendo una semana después de beberme un barril de *whisky*.

* * *

Como era lógico, la acusación contra Nick carecía de base a los ojos del juez. Evidentemente el joven no podía haber causado aquellas heridas, de modo que fue puesto en libertad, pero se le prohibió salir de Londres sin obtener permiso previamente.

Mientras tanto, se desarrollaba una escena increíble en el «Kingdom hotel». Procurando emplear la máxima discreción y no asustar a la clientela, toda clase de expertos en fieras buscaban el rastro de un león. Por ridículo que les pareciese, era un animal de aquella clase el que había causado la víctima. Y no quedó por revisar ni un rincón del hotel donde pudiera haberse ocultado.

Los clientes que procedían de África fueron sometidos a discretos interrogatorios. Un individuo que años antes había sido empresario de un circo, se pasó la noche en Scotland Yard.

Pero todo sin resultado.

Los policías no hallaron nada. El misterio seguía siendo tan incomprensible, veinticuatro horas más tarde, como en el mismo momento en que se inició.

Nick atrapó una borrachera y estuvo durmiendo todo un día. Dio la casualidad de que el inspector que le había detenido hizo lo mismo.

Cuando Nick abrió los ojos, ya pasados los efectos del alcohol, tenía un dolor de cabeza espantoso. La resaca era peor que un oleaje en alta mar. Salió de la cama y, tal como estaba, se metió bajo la ducha, fue desvestiéndose una vez en el agua. Allí permaneció varios minutos, empapándose, mientras respiraba con angustia.

Poco a poco fue sintiéndose mejor.

Y fue entonces cuando vio algo a través de la delgada cortinilla de plástico. Algo que le heló la sangre en las venas.

* * *

Una silueta humana se acercaba a él.

Era la silueta de un hombre alto y fornido, que avanzaba pesadamente. Había en ella algo de familiar y de siniestro al mismo tiempo. Pero Nick, que estaba seguro de encontrarse solo en la habitación, tuvo un estremecimiento mientras recorría la cortinilla y se preparaba para disparar sus puños a falta de un arma mejor.

El rostro de Ted apareció ante sus ojos.

Ted, al que había visto por última vez en Nairobi, iba vestido con una americana deportiva demasiado estridente y unos pantalones grises. La expresión de sus ojos era huidiza y asustada. Diríase que era él quien tenía miedo a Nick.

Este salió de la ducha sin decir palabra. Fue hasta la mesita, tomó una botellita de aspirinas y se tragó dos. Luego bebió un sorbo de agua en el vaso del cepillo de dientes.

Parecía al borde de sus fuerzas, al igual que Ted. Durante algunos minutos, ninguno de los dos dijo una sola palabra.

Parecía como si no hubiera transcurrido el tiempo desde que se encontraron por última vez en aquel hotel de Nairobi. Los dos tenían la sensación de vivir una situación incomprensible, y eso les impedía hablar. Al fin fue Nick el que rompió el silencio.

—¿Cómo has entrado aquí?

—Di una propina al conserje. Le dije que era amigo tuyo, amigo de toda la vida. Pero estabas borracho como una cuba cuando he

entrado. Te he estado mirando durante cerca de una hora. Al levantarte para ir a la ducha, ni siquiera me has visto.

Nick se apretó un momento las sienes, mientras sentía que el dolor de cabeza iba y venía en oleadas.

—Dios santo... —susurró.

—Supongo que te has enterado de lo que ocurrió en el «Kingsdom hotel» —dijo suavemente Ted.

—Claro que me he enterado... Yo cometí el error de estar en la *suite* contigua.

—Ya he leído los periódicos —confesó Ted—. Sólo te lo he preguntado para ver si empezabas a recordar ya las cosas. Hace dos días que estoy en Londres, ¿sabes?

—Entonces casi el mismo tiempo que yo...

—Me resultaba insoportable África. Necesitaba huir de aquel ambiente, de mis recuerdos... Pero aquí me he encontrado con algo peor. Ya sabes quién era la muchacha, ¿verdad? A Vicky la sacamos nosotros de aquel pedazo de selva.

—Claro que lo sé. Estuve en su boda.

Ted añadió roncamente:

—Ha sido «Simba».

—No digas tonterías... Eso es ridículo. Un león no pudo entrar allí. No hay ni que pensar en eso

—No era un león —corrigió Ted—. Tú lo sabes perfectamente; no era un león en el estricto sentido de la palabra, sino algo que tenía forma humana.

Nick se estremeció.

—¿No has podido olvidar a Holt?

—Estoy seguro de que ha sido él. Por lo que sea, la muchacha le atrae. Y estoy convencido de que cometerá otros crímenes.

—Por favor, no hables de eso. Es tan absurdo que si no hubiese un muerto de por medio me pondría a reír.

—Pero no te ríes, ¡Claro que no te ríes! Y el muerto mucho menos. Tú sabes que solo hay un remedio para que esto no vuelva a suceder.

—¿Qué remedio?

—Llevarnos a Vicky a un lugar que «Simba», ignore. Si no la encuentra, no volverá a matar.

—¿De veras sigues creyendo en esta absurda historia?

—Lee el informe de la autopsia y te convencerás de que no es una fantasía. El «Daily Mail» ha podido enterarse de algo y lo ha publicado. Pone los pelos de punta a cualquiera que conozca los antecedentes. Ha sido «Simba», no hay duda.

Nick se puso en pie y empezó a secarse y vestirse lentamente. Empezaba a sentirse mejor del dolor de cabeza, pero eso hacía que, al aumentar su lucidez, aumentarían también sus inquietudes. Empezó a pensar si valdría la pena pillar otra borrachera.

—¿Qué sugieres que haga? —preguntó al fin.

—Quizá Vick quisiera irse a algún sitio lejos. La policía se lo permitirá. Ella estaba en el cuarto de baño cuando aquello ocurrió, y al salir se encontró contigo. No es sospechosa, y la dejarán salir del país. Yo estoy dispuesto a pagarle el pasaje.

—¿Por qué harías ese sacrificio?

Ted dijo con voz lejana:

—No quiero que «Simba» vuelva a matar...

—No volverá a hacerlo —musitó Nick—. Yo protegeré a esa muchacha.

—Será inútil.

—¿Por qué estás tan seguro?

—No reconocerás a «Simba». No podrás reconocerlo hasta el momento en que ataque.

—Tú me dijiste cuáles eran sus signos distintivos. ¿No lo recuerdas? Los que llevan la marca del león tienen una uña más larga que las otras; la del pulgar izquierdo. Comen la carne casi cruda. Y cuando están desalentados apoyan las manos en las paredes.

Ted parpadeó.

—Es cierto. Yo mismo te conté eso.

—Si veo que alguien reúne esas tres características, sabré que estoy ante «Simba».

Ted se removió inquieto. Parecía haber bebido también. Cerró los ojos mientras susurraba:

—No te arriesgues, Nick. «Simba» tiene poderes extraordinarios, poderes que nosotros no imaginamos siquiera. Su víctima duró apenas un minuto antes de quedar destrozada. Toma, te daré mi dirección. Puede que te convenga llamarme con urgencia si descubres algo.

Garrapateó unas líneas en una tarjeta. Nick, mientras tanto, había enchufado la máquina de afeitar. Iba sintiéndose mejor por momentos.

—Tú y yo hablamos de una cosa absurda en Nairobi —dijo—. Allí todo nos parecía posible porque estábamos junto a la selva, pero aquí... ¡aquí todo es distinto, Ted! En Londres las cosas tienen una lógica. No hay brujos ni hechiceros. Lo ocurrido ha de tener una explicación racional, y yo la buscaré como sea.

Se anudó la corbata y salió de la habitación, dejando allí a Ted, que parecía incapaz de moverse.

Decidió enterarse cuanto antes de la dirección de Vickv. Supuso que ésta habría marchado de Londres para que no la molestasen los periodistas, y en realidad así era. El mismo inspector Hartlev, que fue quien le detuvo provisionalmente, no puso obstáculo alguno a darle la dirección, pero le pidió que no la divulgase.

Nick sabía el porqué de aquella ayuda.

Hartley quería hacerle seguir. Quería averiguar cuáles eran sus relaciones con Vicky.

De todos modos, Nick decidió ir a verla. Lo hizo sin perder tiempo, a la mañana siguiente.

CAPITULO V

Margate es una ciudad pequeña y tranquila situada en la parte más oriental de Inglaterra, en el cabo llamado North Foreland. Antaño fue tierra de aventureros, de contrabandistas y de espías más o menos solapados que iban y venían entre Inglaterra y Francia. Pero después de la última lucha entre ambos países, después de las guerras napoleónicas, todo aquello cesó. Márgate se fue transformando en una ciudad apacible, con hermosos jardincillos delante de las casas y un elevado número de suscriptores del «Times», lo cual indicaba que sus habitantes eran gente más bien conservadora y tranquila, con tiempo para leer apaciblemente, sin las prisas de Londres.

Vicky había sido instalada en una casa de las afueras, un lugar reposado y silencioso que parecía haber sido construido pensando en un enfermo de los nervios. Y en realidad Vick necesitaba aquello. Parecía pálida y demacrada cuando Nick la encontró de nuevo.

Aquella extraña combinación de viuda y de virgen vestía de negro cuando él llegó. Seguía teniendo, por supuesto, unas piernas sensacionales, pero uno no podía pensar en eso después de ver su cara marcada por el sufrimiento. Una robusta doncella —quizá una mujer policía— cuidaba de ella, y Nick tuvo la sorpresa de encontrarla con una visita cuando él llegó.

El visitante era un tipo alto, delgado, casi esquelético. Tenía unas manos enormes, y una luz sobrenatural parecía surgir de sus ojos. Daba la sensación de estar siempre un poco más allá de la tierra. A Nick su rostro le resultó vagamente familiar, aunque no podía recordar por qué.

—Es el doctor Loman —le presentó Vicky—. Ha escrito varios libros sobre África.

Fue entonces cuando Nick lo recordó. Había visto su fotografía en la contraportada de un libro. Loman no escribía sobre África en general, sino solamente sobre un aspecto de ésta: sobre los brujos, las supersticiones y los hechos incomprensibles que de vez en cuando sucedían en la selva. Su último reportaje: «África

sobrenatural», había sido un verdadero éxito.

—La señora ha sido muy amable al recibirme —explicó Loman—. Estoy buscando algunos datos para mi próximo libro; creo que lo que ha sucedido recientemente en Londres es algo que nos llena de asombro a todos.

—¿Cree usted que lo ocurrido está relacionado de algún modo con África? —musitó Nick.

—No hay duda alguna. Es obra de «Simba».

Nick no pudo disimular su asombro. Los ojos le brillaron mientras apretaba los labios.

—¿Por qué habla usted de «Simba»? ¿Qué significa esa frase absurda?

—Debería ofenderme, amigo mío —susurró Loman—. Se ve que no ha estado usted nunca en África Oriental.

—He pasado allí toda mi vida. Conozco África palmo a palmo. No he viajado por Europa, pero sí por el continente negro. A veces he vagado durante semanas a pie por las selvas. Conozco todas las tradiciones y todos los ritos, pero no creo que allí haya ningún misterio.

—¿Conoce la tradición de los hombres-leones?

—Un amigo mío me la explicó.

—Pero no la ha creído...

—De ningún modo.

—La furia de «Simba» resultaba mucho más temible cuando se encarna en una mujer —susurró Loman—. Es algo en lo que también debieran empezar a creer, amigo mío.

Nick apretó los labios de nuevo.

—¿Cómo reconocería a una mujer en la cual se ha encarnado el espíritu de «Simba»?

—Muy sencillo —dijo Loman—. En eso no podría equivocarse nunca. Lo notaría usted enseguida porque los leones nunca atacarían a esa mujer.

Nick desvió la mirada. Miró instintivamente a Vicky, que estaba muy pálida.

—Por Dios... ¿No se da cuenta de que esta conversación le horroriza? —musitó—. Yo no le he contado nada de eso, señor Loman. Sólo le he narrado cómo sucedieron los hechos. Es usted el que piensa en hombre-león y en cosas semejantes. ¡Y no tiene

derecho a hacerlo! ¡No tiene ningún derecho!

Loman palideció. Era evidente que los reproches de Vicky le habían avergonzado. Susurró unas disculpas, mientras se despedía presurosamente de Nick, y salió a toda velocidad.

Nick quedó a solas con la muchacha, que hacía esfuerzos desesperados para no llorar. Vio un mueble-bar en un extremo de la pieza y lo abrió en silencio, sacando una botella de brandy. Vertió un buen chorro en una copa, tendiéndola a Vicky.

Ella bebió un sorbo y empezó a toser. La mano derecha, con la que sostenía el vaso, tembló. Nick la tomó suavemente por un brazo, obligándola a sentarse.

Evidentemente, ella no le recordaba más que de la ceremonia de su boda. No sabía que él la vio mucho tiempo antes en un claro de selva y que se dio cuenta de que los leones la respetaban. Ella no podía saber que Nick había establecido una amarga relación entre aquel suceso y lo que acababa de decir Loman.

—¿Cómo has averiguado mi dirección? —preguntó Vicky al fin.

—Me la dijeron en Scotland Yard.

—¿Y por qué quieres verme?

—Creo que, después de lo sucedido, te debo una explicación —susurró él—. Quizá tú no sepas que yo te conozco hace muchos años.

Ella alzó la cabeza.

—La muerte de mi marido ha puesto en claro muchas cosas —dijo firmemente.

—¿Por ejemplo?...

—Se ha averiguado quién era el que enviaba dinero todos los meses para mis estudios. No era la Institución Forrester. Ellos se deshicieron de mí cuando era una niña. Tenían miedo.

Nick guardó silencio.

—Se ha averiguado quién lo enviaba —musitó ella, sin dejar de mirarle—. En esos casos la policía siempre anuda cabos, siempre busca detalles. ¿Por qué lo hacías, Nick? ¿Qué te importaba yo, al fin, y al cabo?

—Fui yo quien te encontré —explicó él—. Yo también era un niño. Hacía mi primera incursión en la selva, aunque, naturalmente, rodeado de personas mayores. Pero fui yo quien te vi, no ellos.

—¿Por qué seguiste acordándote de mí?

—Me dolió horriblemente ver que estabas desamparada.

—No lo hubiera estado. Me enviaban a otro orfelinato de Londres.

—Pero no quise que te hicieras una mujer allí dentro. Yo empecé a ganar dinero muy pronto, y la verdad era que no sabía qué hacer con él. No pensaba casarme, ni me seducía ahorrar, ni había adquirido aún los vicios que, según parece, terminan adquiriéndose en África. El enviarte una pequeña suma mensual no representaba ningún sacrificio para mí. Además, el colegio donde estabas era de los más económicos.

—Debí saberlo antes —musitó ella—. Yo podía haber trabajado. Hasta el último momento creí que era la Institución Forrester la que me ayudaba, y eso me parecía distinto.

—Ya te he dicho que no tenía importancia.

Se sentó frente a ella y murmuró:

—¿Qué piensas hacer ahora?

—No lo sé... La policía me aconsejó que buscara un sitio aislado, donde los periodistas no pudieran encontrarme. Fue el mismo inspector Hartley quien al fin me trajo aquí. Dicen que es un sitio seguro.

—¿Tienes dinero?

—Mientras estudiaba hice algunas traducciones —explicó ella nerviosamente—. Conozco tres idiomas. Hice unos pequeños ahorros y aún puedo mantenerme durante algunas semanas.

—¿No tenía familia tu marido?

—Sí. Su padre y una hermana. Pero no les he visto después de la boda porque están impresionados por lo que sucedió. Creo que no hablan con nadie.

El entrelazó los dedos. No sabía cómo decir aquello, cómo exponer lo que en realidad había motivado su viaje. Al fin encendió un cigarrillo y dijo, aparentando naturalidad:

—Quizá deberías irte lejos, Vicky. A un lugar donde nadie te conociera.

—¿Por qué?

—Temo que te ocurra algo.

—¿Qué pudiera ocurrirme a mí? Yo no tengo enemigos.

—¿Los tenía tu marido?

Ella apretó los labios, vacilando un momento. Luego balbució:

—Tampoco...

—Hay algo incomprensible en todo esto, Vicky. No se trata de tener enemigos o de no tenerlos. Quizá te convendría irte bien lejos y así te olvidarías de todo. Eres demasiado joven para... vivir atenazada a un recuerdo.

—No puedo irme —musitó ella, como hablando para sí misma—. Nunca me iré, hasta que esto se aclare.

—¿Amabas a tu marido?

Vicky alzó la cabeza bruscamente.

—¿A qué viene esa pregunta, Nick?

—Nada... Sólo quería saber hasta qué punto te ha afectado su muerte. Es una tontería, pero... en estas circunstancias, cuanto menos lo hayas querido mejor.

—Él era ingeniero —musitó—. Daba clases de matemáticas en el colegio porque aún no se ganaba bastante la vida con su carrera. Fue allí donde le conocí. No voy a afirmar ahora que estuviese loca por él, pero le quería. Necesitaba encontrar a alguien que me protegiese, alguien que me comprendiera. Llevaba demasiados años de desesperación y de soledad.

Dejó su copa vacía sobre la mesa. Cerró un momento los ojos, como si quisiera alejar sus pensamientos.

—Otra persona me ha ofrecido ayuda —balbució.

—¿Quién?

—Un ingeniero que tenía muchos más años de experiencia que mi marido. Un tal Temple. Iba a emplearle para una serie de trabajos que debe realizar cerca de Londres.

—Yo conozco a Temple. Ha realizado muchas obras en Nairobi, en Mombasa, en Mogadiscio y en toda la parte oriental de África. Además, coincidimos en el mismo avión durante el viaje a Inglaterra. ¿Qué es lo que te ha ofrecido?

—Que me vaya lejos para olvidar y para sentirme más segura. Parece haber tenido la misma idea que tú.

—Es que se trata, de una idea llena de sensatez —musitó él—. Y deberías aceptarla.

Ella suspiró. Parecía infinitamente cansada, llena de abatimiento. Pero Nick se dijo que así era más hermosa. Un oscuro instinto le aconsejaba protegerla, evitarle todo daño.

Era como si tuviese delante suyo a una niña indefensa.

—¿Qué respondes? —musitó.

—Todo me parece absurdo ahora... Soy incapaz de tomar una decisión —murmuró Vicky—. Pero llevas un rato aquí y no te he ofrecido ni una copa... Por favor, discúlpame. ¿Qué quieres beber? ¿Un poco de *whisky*?

—Whisky puro. Sin nada que lo estropee.

Ella se levantó. Aunque no quisiera, sus caderas eran ondulantes. Su cuerpo vibraba y palpitaba, lleno de juventud y vida, bajo la severa tela negra.

Tomó un al vaso y sirvió en él un generoso chorro de *whisky*. Luego, lo tendió a Nick.

Este fue a tomarlo. De pronto su mano se detuvo en el aire.

—¿Qué te sucede? —susurró ella.

Nick miraba como hipnotizado la mano de Vicky. Ella le tendía el vaso con la izquierda.

Hasta entonces no se había dado cuenta de ese detalle, porque no había tenido aquella mano tan terca.

Pero había una anormalidad en ella. La uña del dedo pulgar. Aquella uña extraña, demasiado afilada y demasiado larga.

CAPITULO VI

El restaurante estaba cerca de Regent's Street. Era un sitio modesto, casi severo, pero acogedor. Pese a que aquella cena no era, ni mucho menos, un festín, Vicky había tardado bastante en acceder a ir allí. Y les había acompañado la mujer que atendía la casa, y que Nick sospechaba era policía.

Habían comido un primer plato muy ligero. Dick aconsejó a la muchacha que el segundo fuera algo más sustancioso.

—No puedes dejarte vencer —susurró—. Sería lo peor en estas circunstancias. Aunque te cueste mucho reponerte, debes obrar como si nada hubiera ocurrido. Hacer un esfuerzo para pensar eso.

—Lo estoy intentando —admitió ella—. Por eso he accedido a venir a Londres. Pero será difícil, muy difícil. Elige tú mismo lo que crees que debo comer.

—Carne —dijo él, con voz indiferente.

—De acuerdo.

—¿Muy cruda? —preguntó, evitando mirarla.

Ella parpadeó un momento. Pareció dudar.

—No —respondió—. Muy hecha. Aborrezco la carne casi cruda.

Nick exhaló un suspiro de alivio. Eran absurdos sus pensamientos, era absurda aquella situación. ¿Por qué había llegado a pensar algo semejante? ¿Cómo pudo creer en las irreales teorías de Ted y de aquel maldito profesor Loman?

No sabía por qué, pero se sintió a partir de aquel momento mucho más alegre.

—Hay algo anormal en ti, Vicky —dijo, sin embargo, fingiendo también indiferencia.

—¿A qué te refieres?

—Una uña de tu mano izquierda.

Vicky suspiró:

—Ah, ésta...

Había puesto la mano izquierda sobre la mesa, de modo que Nick pudo verla claramente. Ahora la uña no le pareció tan exageradamente larga ni tan aguda. Pero contrastaba notablemente

con las otras, cortadas casi a ras de piel.

—Comprendo que pueda parecer extraño —dijo Vicky—, pero toda muchacha que haya estado en un colegio de los de internado sabrá enseguida de qué se trata. Allí no me dejaban llevar las uñas largas. Decían que iba contra la disciplina, contra no sé qué. Yo me había dejado crecer una uña tan solo. Era como el símbolo de mi libertad. Pensaba: «Así las llevaré cuando me case, cuando salga de esta condenada casa». Y me la pintaba también, por las noches, sin que me viera nadie. Una coquetería tonta, ¿verdad? Pero para mí aquello significaba que un día sería libre.

—¿Por qué precisamente el pulgar de la mano izquierda?

—Porque era el más fácil de ocultar. Una siempre está dando y enseñando la mano derecha. La izquierda es distinta, y el dedo pulgar puede esconderse fácilmente incluso con la mano tendida. Algunas amigas, en el colegio, me imitaron. Nunca descubrieron a ninguna.

Nick se sintió también infinitamente aliviado. La explicación era lógica y plausible. No volvió a hacer más preguntas sobre aquello. Procuró que la charla se animase y que Vicky olvidara lo sucedido. Luego, en el coche que había alquilado en Margate para llevar a las dos mujeres, regresaron a la pequeña ciudad.

Una vez en la casa, Vicky, que parecía sentirse un poco más animada, susurró:

—No puedes volver a Londres a estas horas. Deberías quedarte a dormir aquí.

—El viaje no es largo. Llegaré en hora y media. Además... podría ser mal interpretado.

—¿Por qué? Hay aquí una sirvienta. Tú dormirás en la planta superior, y yo en la inferior. Casi me harías un favor si te quedases.

Nick adivinó, o creyó adivinar, lo que a ella le ocurría: Vicky tenía miedo.

—Está bien —decidió—; si con eso vas a sentirte mejor, me quedaré. Pero solo hasta mañana por la mañana.

Estaba perfectamente convencido de que la policía vigilaba la casa. Quizá tendría que dar una explicación al inspector Hartley; pero eso era lo de menos. La verdad era que también él se sentía más tranquilo quedándose allí, cerca de la muchacha.

El dormitorio que le asignaron, en la planta superior, tenía

muebles de madera clara y era acogedor y alegre. Desde la ventana, según le indicó Vicky, se veía el mar; claro que ahora era distinto, porque la noche envolvía la casa. Nick, que no se había traído ropa, decidió echarse sobre la cama vestido y cubrirse con una manta.

Poco después dormía entre la oscuridad. Su respiración, acompasada y tranquila, se escuchaba en el silencio.

Fue hacia las tres de la madrugada cuando Nick despertó. Cuando despertó de repente, sintiendo como si una garra helada se hubiera posado sobre su rostro.

* * *

Era algo casi inaudible.

Era aquel roce en las paredes de madera. Como si alguien, o algo, tocara con sus uñas las barnizadas tablas. Como si en la habitación hubiera también una presencia *que no era humana*.

Nick captó aquello, pero no hizo el menor movimiento. Simuló seguir dormido.

El ruido se acercaba a él. Alguien avanzaba hacia el lecho tanteando las paredes. Pero como no tenía manos, sino zarpas, producía aquel sonido de roce con las uñas. O al menos esa era la única explicación lógica, por muy inquietante que resultase.

Nicky tenía los ojos muy abiertos. Trataba de acostumbrarlos a la oscuridad y de ver algo en las tinieblas que le rodeaban.

Los susurros venían por su derecha, es decir, por el lado donde estaba la ventana.

Esta era un rectángulo oscuro, pero un poco más claro que el interior de la habitación. Cualquier silueta que pasara por allí delante resaltaría, aunque fuera confusamente.

Nick miraba hacia allí, con todos los nervios en tensión, sintiendo que estaba a punto de lanzar un grito.

Le costaba terribles esfuerzos mantener el ritmo regular de su respiración, como si siguiera dormido.

De pronto algo pasó poco a poco por delante de la ventana. Nick pudo verlo con cierta claridad.

Y en el primer momento pensó que estaba soñando. Porque era..., jera la cabeza de un león!

Ahora sí que Nick tuvo que apretar los labios para no lanzar una

exclamación de asombro, para seguir fingiendo que estaba dormido. Nunca se había tenido por un héroe, pero la verdad era que en este momento no sentía miedo. Más bien era un terrible asombro.

Sus pensamientos se habían desbocado. Ya no sabía qué creer.

De todos modos llegó a una conclusión, y esta fue que no podía tratarse de un león en el exacto sentido de la palabra. Su cabeza no hubiera podido estar nunca tan alta como para llegar al nivel de la ventana. Tampoco un león hubiese avanzado rozando las paredes con una pata. Ni hubiera dado rodeos en la oscuridad, sino que su olfato le hubiera llevado en línea recta hacia su presa.

Debía tratarse de un ser humano... ¡con cabeza de león!

¡Era increíble!

¡Pero también era increíble la muerte del marido de Vicky y, sin embargo, había sucedido!

Bruscamente adivinó que la zarpa iba a caer sobre él. Fue más bien el instinto lo que le avisó. Dio un salto, rodando materialmente en el aire, y quedó a un lado de la cama.

Oyó un siniestro «raaaas» en las ropas.

Unas zarpas habían rasgado por completo, llegando incluso al colchón de espuma. No se oyó ningún rugido ni ningún otro sonido aparte de aquel. Pero ahora Nick sabía que no podía seguir fingiendo. Se había salvado del primer golpe, pero resultaría casi imposible librarse de los otros.

Intentó llegar de un salto hasta la puerta. De pronto la cama cayó sobre él.

Aquel extraño y diabólico ser la había empujado con extraordinaria rapidez. Parecía saber dónde estaba, parecía *olerle*. Nick se encontró envuelto en las ropas y comprendió que iba a necesitar unos instantes —unos instantes quizá preciosos y vitales— para desembarazarse de ellas y tratar de salir de allí.

No tenía un arma. Ni un maldito cuchillo. ¡Nada! ¡No tenía más que sus manos para defenderse de los colmillos y las garras!

Levantó la cama a su vez y la lanzó por los aires. Pensaba que tropezara con aquel fantasma, y así sucedió. Oyó en la oscuridad un coche. Nick se desembarazó de las sábanas y dio un nuevo salto.

Pero no pudo llegar hasta la puerta. Sus ojos se habían habituado ya a la oscuridad, y distinguía los contornos de los objetos. Vio entonces de nuevo la cabeza del león.

¡Se estaba acercando a él!

Nick hubiera podido gritar pidiendo socorro, pero eso le pareció vergonzoso. Además, con su voto no haría más que llamar la atención de aquel ser de pesadilla. Intentó zafarse de la acometida ladeando el cuerpo y saltando ágilmente al otro lado de la pieza.

Oyó un «raaaac» estremecedor, ahora en la puerta. Las zarpas se habían clavado justo donde unos segundos antes estuvo su cuerpo. Las manos de Nick buscaron desesperadamente un arma, cualquier objeto que le sirviera para defenderse.

Pero allí no había nada. No tenía ni siquiera un atizador de chimenea. Notó confusamente que la cabeza del león había dado media vuelta y que volvía a atacarle.

Estaría allí al cabo de unos segundos. Nick no tenía más que una posibilidad de salvarse.

¡Saltar por la ventana!

Flexionó sus piernas, las tensó de repente y salió materialmente disparado hacia el cristal. Notó que este se rompía y que arañaba su rostro, pero para él fue casi una delicia saber que estaba fuera de la habitación maldita. Notó que daba una vuelta completa de campana en el aire, y trató de enderezarse para caer de pie. No lo consiguió, porque su salto había sido, por llamarlo de algún modo, poco académico, pero tuvo la suerte de caer sobre la tierra blanda del jardín que había en la parte delantera de la casa. Pudo ponerse en pie al instante, aunque le dolía todo el cuerpo. El batacazo había sido de órdago.

Miró entonces hacia arriba, hacia la ventana. Pudo ver perfectamente la cabeza del león que emergía por ella.

La visión de pesadilla duró un instante tan solo. Nick ni siquiera tuvo tiempo de pensar si la fiera saltaría sobre él o no. Bruscamente desapareció y toda la casa volvió a tener el aspecto normal, apacible, de unos minutos antes.

Pero Nick tenía ya una idea y quería comprobarla. Se acercó a la ventana correspondiente al dormitorio de Vicky, ventana que se hallaba en la planta inferior y daba al jardín.

Miró a través de los cristales con el mayor descaro. Las cortinas estaban corridas solo parcialmente, de modo que podía verse por un resquicio lo que había en el interior. Nick distinguió el lecho.

El lecho vacío.

Un sabor denso y amargo llenó su boca. Notó que le costaba incluso respirar.

Nick hubiera dado con gusto algo muy importante por no enterarse de aquello.

Vio entonces que la puerta de la habitación se abría y que Vicky entraba en ella. No parecía, desde luego, ni un león ni una leona. Era la misma Vicky de siempre, seductora, inquietante, llena de exquisita femineidad. Pero con una maldición sobre su piel...

Vicky debía haber estado poco menos que despierta hasta entonces, a juzgar por las prendas que llevaba encima. No se había desvestido del todo. Su ropa interior era tan de luto como sus medias. A través de la abertura de su bata mal abrochada, se veía la línea turbadora de sus piernas. Nick pensó que aquello era como una obsesión, pero una obsesión maldita.

Ella llamó:

—¡Katherin!

Katherin era la mujer que Nick suponía policía. La vio aparecer presurosamente, abrochándose una bata que parecía confeccionada en tiempos de Calomagno. No se había encendido aún ninguna luz en la habitación, y todo era visible solo a través de la claridad que llegaba desde el pasillo.

—He oído un ruido de cristales —dijo Vicky.

—¿Dónde estaba usted?

—Había salido a beber agua.

—A mí también me ha parecido oír algo —dijo Katherin—, pero no estoy segura porque duermo al otro lado de la casa. ¿Dónde ha sido? ¿En el piso superior?

—Creo que sí... Mejor dicho, estoy segura.

Katherin se retiró. Nick iba a hacer lo mismo cuando de pronto una mano se posó en su espalda.

El joven se volvió de pronto. El rostro que vio entonces era inconfundible y hubiera podido servir para ilustrar la biografía de un sabueso de Scotland Yard. Gabardina severa y lisa, mirada astuta, expresión de funcionario importante, sombrero bombín y las manos en los bolsillos, donde seguramente ocultaba una cachiporra. Los agentes no podían llevar armas, pero algunos se proveían de objetos contundentes por si las cosas llegaban a ponerse mal.

—¿Qué hace aquí? —preguntó el polizonte—. Le he visto saltar

por la ventana. ¿Qué sucede? ¿Acaso la viuda ha querido morderle un tobillo?

—¿Dice que me ha visto saltar?

—Ájajá.

—¿Y no ha visto nada más?

—¿Qué había de ver?

—La cabeza de un león.

El agente parpadeó. Luego su rostro, que quería ser inexpresivo, se fue volviendo rojo.

—Oiga, ¿está de broma?

—Yo la he visto claramente. ¿Por qué cree que he saltado? ¿Para hacer ejercicio?

—No hay leones en esta ciudad. Y menos dentro de las casas.

Nick estaba seguro de no haber soñado. Por eso preguntó al policía:

—Usted me ha visto saltar y luego ha corrido hacia la casa, ¿no? ¿Por dónde?

—Por ese sendero.

Señalaba un camino que bordeaba un jardín semisalvaje. Los arbustos eran muy altos y en determinados puntos debían limitar la visión de cualquiera que pasase junto a ellos. Es decir, era perfectamente posible que el agente no hubiera podido ver la ventana durante los breves instantes en que en ella apareció la cabeza del león.

—Lo comprendo todo —dijo—. ¿Quiere acompañarme?

—¿A dónde?

—A ver a la viuda. ¿No le parece una mujer sensacional?

—Una auténtica leona —masculló el policía—. Una..., pero ¿qué digo? Oiga... no cuente a nadie que yo he comentado eso...

—No se preocupe, amigo, pensamos lo mismo. Esa mujer está hecha una auténtica leona... Hala, vamos.

No necesitaron llamar a la puerta. Katherin la había abierto ya. Lanzó un suspiro de alivio al ver la cara de perro dogo que traía el poli.

—¿Qué ha sucedido? —musitó—. ¡En su cuarto está todo en desorden!

—Ya lo sé. Y quiero que este agente lo vea.

Subieron los dos al piso superior. Se apreciaban claramente los

zarpazos no solo en la cama, sino también en la puerta y en una pared. Zarpazos profundos, increíblemente violentos. Sólo una fiera salvaje podía haber hecho aquello.

El policía, que estaba rojo, se fue volviendo amarillo.

—Pero ¿qué diablos significa eso? —murmuró.

—Si lo supiera ya tendría resuelto el misterio —dijo Nick—. Desgraciadamente, aún es bien poco lo que puedo aclarar.

—Esto... ¡yo diría que lo ha hecho un león! —gruñó el polizonte—. ¡Menudos zarpazos!

—He intentado decírselo desde que me ha encontrado abajo —susurró Nick—, pero no me creía. En efecto, ha sido algo así como un león. He llegado a ver perfectamente su cabeza.

—¡Pero eso es ridículo! ¿Por dónde ha entrado?

—Por la puerta —dijo Nick—. Y ha salido por el mismo sitio.

—¡No me va a decir que conoce la casa!

—A su modo la conoce —susurró Nick.

Miró a Vicky, que estaba apoyada en una jamba de la puerta. La joven acababa de llegar y respiraba agitadamente. Todo aquello parecía trastornarla. No se daba cuenta de que su bata se entreabría y de que por el hueco surgía en parte su pierna derecha, enfundada en la media negra. El policía carraspeó y se puso verde hasta las orejas. Pero trató de mirar aquella cosa tan seductora desde un punto de vista estrictamente profesional.

—¿No se había acostado aún, señora? —preguntó.

—¿Por qué?

—Lleva aún el ligero y las medias puestas ¡Ejem! Perdón si me he fijado. Ha sido en contra de mi voluntad.

Ella se cubrió inmediatamente.

—Le ruego que me conteste, señora —dijo firmemente el policía—, aunque mi insistencia resulte molesta. Necesito saber si usted ha visto u oído alguna cosa. No me diga que estaba dormida porque no me lo voy a creer.

—No me había dormido porque estaba intranquila —reconoció Vicky—. Y he oído, desde luego, el ruido de la ventana al romperse. Yo misma he avisado a Khaterin.

De pronto se llevó ambas manos a los ojos.

—Pero todo esto... ¡Dios santo, es increíble, es absurdo! ¡No podré soportarlo más!

—Debieras irte —dijo Nick suavemente—. Ya te ha aconsejado antes. Debiera irse bien lejos de aquí... Yo, al menos, pienso hacerlo.

Ella descubrió de repente sus ojos. Parpadeó a causa de la sorpresa.

—¿Piensas irte? —musitó—. ¿Adónde?

—A Nairobi. Mejor dicho, a un lugar cercano de la selva. Quizá allí encuentre algo que me llene de alegría... o que me estremezca de horror.

CAPITULO VII

El avión de represo hizo las escalas acostumbradas. Buen tiempo en El Cairo, curro aeropuerto estaba casi ocupado militarmente a causa de la visita de un alto dignatario de la República Árabe Unida. Nubes pesadas y lluvia sobre la meseta etíope. Calor bochornoso en Addis Abeba, donde lánguidos funcionarios vestidos de blanco parecían no tener nada mejor que hacer que esperar a que cambiase el tiempo.

Y luego Nairobi, la populosa y moderna Nairobi. Un sol inclemente cayó sobre el DC-8 cuando éste se posó sobre la pista. Varios oficiales de la policía que seguían usando el impecable uniforme británico se dirigieron a sus puestos antes de que los pasajeros descendieran. Los maleteros negros avanzaron arrastrando cansinamente los pies.

Nick extrajo el pasaporte y el permiso especial que le había concedido para salir de Gran Bretaña. Luego cerró el libro que había estado leyendo durante casi todo el viaje.

Era un libro de Loman, él hombre a quien conoció en Margate, junto a Vicky. Un libro sobre los brujos y sobre los misterios del África negra.

Nick hubo de reconocer que le había inquietado.

Después de leerlo, todo le parecía posible.

La historia de viejos secretos que el mundo había perdido ya, pero que fueron muy conocidos bajo los primeros faraones de Egipto. Fórmulas medicinales de rara perfección, sistemas hoy desconocidos para conservar eternamente a los muertos. Predicciones incomprensibles, asombrosas, pero exactas. Algunos faraones y altos dignatarios de la Corte supieron —según Loman— con años de anticipación, el día exacto en que iban a morir. ¿De dónde había venido todo aquello, aquellos extraños e increíbles poderes? Según Loman, habían ido bajando con el Nilo. Pueblos que habitaban cerca del Nilo Blanco y el Nilo Azul transmitieron a los egipcios, que entonces tenían la capital en Tebas, más cerca del África negra, secretos que luego serían olvidados para siempre. Por

tanto, el origen de muchas brujerías se encontraba en Kenya, en Uganda y en otras regiones del Africa Oriental.

Nick no quería creer en la existencia de Holt, el extraño hombre-león de quien le había hablado Ted. No quería creer que Vicky pudiera estar sometida a la maldición de «Simba». No quería creer nada de todo aquello, pero lo cierto era que estaba allí.

Ya empezaba a dudar de todo.

Tomó un taxi y fue el apartamento que había ocupado durante años y años. Niko, el criado negro a quién había dejado para que lo cuidase, estaba tranquilamente durmiendo cuando él llegó. Una mulata muy hermosa tarareaba canciones americanas por la casa. Al ver la cara de extrañeza que puso Nick, dijo que no se asustara tanto, que Niko había obrado legalmente. La compró a sus padres por una caja de botellas de licor. Había salido barata porque ella era de raza impura.

Nick decidió aguantarse. Muchas costumbres prohibidas durante la dominación inglesa, habían vuelto a brotar porque estaban enraizadas en el alma primitiva del pueblo africano. ¿Cuánto tardarían en ser desterradas definitivamente? ¿Cuándo muchas mujeres negras tomarían conciencia de su propia personalidad?

Cuando su criado despertó, dijo enseguida que volvería a vender a su esposa. El joven se encogió de hombros y le aseguró que podría quedarse allí con ella el tiempo que quisiera, pero que le prohibía venderla y hacer negocio con ella.

Luego empezó a preparar meticulosamente una expedición solitaria. Lo primero que hizo fue adquirir un plano detallado de la región y marcar en él la zona donde estaba situado el antiguo hospital de Ted. Ahora aquello no eran más que unas ruinas.

Las ruinas en que había habitado Holt.

A continuación buscó el equipo que había usado en muchos viajes; pantalones largos, botas de media caña para evitar la picadura de las serpientes, camisa ligera, casco blanco y un rifle con mira telescópica. También cargó veinte cartuchos.

Su criado le miraba con interés.

—¿Va usted de caza a los lagos?

—No. Voy a visitar unas ruinas. Las del antiguo hospital donde trabajaba *bwana* Ted. ¿Lo recuerdas?

—Aquello no son más que ruinas...

—Por eso quiero verlas.

—Los senderos se habrán borrado. Necesitaré a alguien que le conduzca hasta allí. De otro modo se perdería...

—Sabré encontrarlo.

—No... Lo que hará será perder el tiempo sin darse cuenta, rodeando y rodeando el mismo trozo de selva —Niko hablaba como un perfecto europeo—. Le recomendaré a un guía; se llama Charlie. Bueno, se hace llamar así. Le gusta tener nombre de hombre blanco y llevar sombreros de paja.

—¿Es amigo tuyo?

—Bebemos juntos algunos domingos.

Nick comprendió que era mejor aceptar. Le convenía no perder tiempo dando rodeos inútiles. De modo que dijo a su criado que avisara a Charlie para partir a la mañana siguiente.

Charlie era un negro robusto y de estatura enorme, cercana a los dos metros. Le gustaba llevar sombreros de paja, pero poca cosa más. El resto de su poderosa anatomía solo iba cubierto por unos pantalones hasta media pierna. Llevaba un enorme machete para cortar lianas y un rifle de modelo anticuado, pero eficaz.

Se alegró mucho al saber que no tendría que llevar bultos y no correría peligro de estropearse su sombrero de paja.

El viejo hospital estaba en una zona que veinte años antes se creyó de gran porvenir, pero que luego, debido a un corrimiento de tierras, se había abandonado porque no ofrecía seguridad para las edificaciones. Muy poco tiempo bastó para que la selva lo invadiera todo de nuevo. Los senderos y las viejas calles fueron engullidos por la vegetación. Los raíles de un ferrocarril de vía estrecha que llegaba hasta allí, se los llevaron los negros. Todo cambió. Cualquiera que hubiese estado en aquel lugar no lo habría reconocido al cabo de muy poco: tiempo.

Fueron en *jeep* hasta un lugar donde la selva era demasiado espesa para avanzar por ella en vehículo. Entonces siguieron a pie, pisando senderos casi borrados, y que solo recorrían de tarde en tarde algunos grupos de negros.

Charlie era hombre de pocas palabras y, además, rabiaba mal el inglés. Pero dijo algo que dejó helado a Nick.

—Tu criado, el que llamarse como tú, recibir visita estos días.

—No se lama como yo.

—El Niko, tú Nick.

—Sí, pero es distinto.

—Bueno... El recibir visita.

—¿De quién?

—De hombre muy extraño. Ser blanco y vestir como blanco, pero no parecerlo.

Nick se detuvo un momento, mirando a Charlie.

—No te entiendo. ¿Por qué no parecía blanco?

—Nosotros conocer a quién vivir en la selva —dijo Charlie mostrando sus dos hileras de magníficos dientes—. Tener caras distintas, hombres de ciudad y hombres de selva. El tener la expresión del león.

Nick parpadeó.

—Oye, Charlie... Descríbeme cómo era ese hombre.

—Bien vestido, alto, fuerte... Tenía poco pelo. Se le veía una cicatriz en la cabeza.

Nick aspiró aire con fuerza, mientras intentaba mostrarse indiferente. Aquella cicatriz debía ser la huella de la operación que Ted le hizo en otro tiempo; y aquel extraño individuo que visitó a Niko no podía ser sino Holt, el misterioso hombre-león que durante años vivió en la tierra que ellos pisaban ahora.

¿Por qué había ido a visitar a Niko? ¿Qué interés podía tener en eso? ¿Y por qué Niko no le había contado nada?

Pero todos estos pensamientos significaban bien poca cosa al lado de una sola realidad: Holt estaba de nuevo en Nairobi y, además, le buscaba a él.

Nick sintió un estremecimiento. Aquella realidad innegable le hacía bien poca gracia.

Pero no hizo más preguntas, y ambos siguieron avanzando. Poco a poco la vegetación se iba haciendo más espesa, llegando a ser casi impenetrable.

Aquella parecía una tierra maravillosamente fértil y, sin embargo, no lo era. Nick lo sabía bien.

El intenso calor evitaba que se formasen los hongos y el humus necesario para la fertilización del suelo. Las enormes y torrenciales lluvias, después de épocas de pertinaz sequía, disolvían y arrastraban todas las sales minerales que las plantas necesitan para crecer. Una vez labrada, aquella tierra podía dar como máximo

cinco o seis cosechas. Luego quedaría tan pobre como una comarca volcánica y debería ser abandonada.

Por eso la selva era igual que cinco, que diez siglos antes. Nadie se establecía en ella. Nadie podía presumir de conocerla bien, excepto algunos brujos... y algunos blancos que guardaban su secreto.

El camino era más largo de lo que Nick supuso y cuando llegaron a las ruinas del viejo hospital, ya se estaba poniendo el sol. Una luz dorada descansaba sobre las copas de los árboles cuando distinguieron las blancas paredes de lo que había sido un hermoso edificio. Ahora todo estaba en ruinas, y los muros agrietados producían una indefinible sensación de misterio.

Las plantas trepadoras ascendían por todas partes. El sol languideciente llegaba hasta el fondo de las grietas.

—Tened cuidado —advirtió Charlie.

—¿Por qué?

—Ser sitio bueno para serpientes. Ellas descansar entre viejas piedras. Ponerse rabiosas si nosotros acercarnos.

—Encenderemos fuego enseguida. Y mañana revisaremos con detalle todo esto.

—A pesar de fuego, yo no fiarme.

—¿Por qué?

—Charlie dijo lentamente:

—Por esto...

Blandió el machete por encima de la cabeza de Nick. Lo hizo con tal rapidez que el joven no tuvo tiempo de moverse. No pudo ni parpadear siquiera... Oyó un chasquido en la rama que estaba justo en su cabeza, y algo viscoso cayó sobre su hombro, moviéndose epilépticamente. Nick vio con horror, cuando aquello cayó a sus pies, que se trataba de la parte superior del cuerpo de una pequeña serpiente. Era verde, y su cuerpo repulsivo se confundía con el color del ramaje. Tenía las fauces abiertas, y su cabeza triangular indicaba sin lugar a dudas que se trataba de una especie venenosa.

Charlie se sacudió su sombrero de paja.

—Una sola mordedura y ya estaría usted listo —dijo—. Con esas no se dura ni cinco minutos.

Nick se sintió recorrido por un bandazo de frío, a pesar del tórrido calor. Durante algunos segundos, sus labios temblaron.

—¿Cómo la has visto, Charlie?

—Yo tener ojos en cara.

—No sé cómo agradecértelo. Me has salvado la vida...

—Costarte dos libras.

Nick lanzó una carcajada. No era un precio elevado, desde luego, por salvarle la piel. Prometió a Charlie que le daría no dos libras, sino cinco.

Buscaron entre las ruinas un sitio para pasar la noche. Eligieron un lugar despejado, lejos de las paredes, y cubierto todavía de mosaico. Aquello debía ser el centro de una de las antiguas salas del hospital, y ninguna alimaña se atrevería a deslizarse por aquel pavimento en cuanto ellos encendiesen fuego.

Nick dispuso unas mantas, mientras Charlie buscaba ramas secas. Instantes después, un alegre fuego chisporroteaba en aquel lugar solitario. Los dos hombres abrieron unas latas de conserva, comieron frugalmente y arrojaron los restos bien lejos. Luego se tendieron a dormir, envueltos cada uno en una manta, pues las noches son frías en la selva.

Nick tardó en dormirse, mientras daba vueltas en su cabeza a un solo pensamiento: ¿para qué diablos le buscaba Holt, el extraño hombre-león? ¿Qué quería de él?

Poco a poco una intensa pesadez se fue apoderando de su cerebro y terminó por quedar dormido.

* * *

Le despertó un levísimo rumor, como el que produciría una ramita al ser arrastrada por el viento.

Sin embargo, no se movió, porque conocía las más elementales normas de prudencia de la selva: no hacer gestos bruscos, no asustar a un animal que quizá solamente nos está observando, y que atacará si tiene la sensación de que van a acosarle.

Abrió un ojo tan solo, mirando frente a él.

Lo que vio le hizo estremecer.

Charlie avanzaba, enconado, llevando su machete en la mano derecha. Ya no llevaba ni siquiera su sombrero de paja; iba completamente desnudo, y su cuerpo color ébano apenas destacaba entre las sombras.

Sólo el machete rebrillaba tenuemente.

Avanzaba paso a paso, con sigilo, sin hacer el menor ruido, cuando la sensación de que no se movía apenas.

Nick comprendió al instante lo que sucedía.

Sin duda Charlie, dotado de un instinto especial, había visto alguna alimaña que se acercaba a Nick mientras éste dormía. Tal vez una serpiente como la que antes había partido en dos.

Por tanto a Nick le convenía no moverse; teñía que fingir que continuaba durmiendo.

Sólo estaría seguro cuando Charlie descargara el golpe de su machete.

Por entre sus pestañas le vio acercarse. Centímetro a centímetro, como una sombra que apenas se moviera. Y le vio también alzar el machete poco a poco.

Era endiablado aquel Charlie. ¡Menudo golpe iba a recibir la serpiente que ya debía estar cerca de su cabeza!

¡Quedaría partida en dos!

Pero de repente Nick sintió que se le helaba la sangre en las venas. Charlie no estaba mirando a ningún sitio distinto de él mismo; le estaba mirando a él, a Nick solamente. ¡Y el machete se había alzado sobre su cabeza!

Como un relámpago de luz, por la mente del joven pasó la terrible certidumbre.

¡Charlie quería matarle a él!

Tuvo el tiempo justo para desviar la cabeza, mientras la hoja de acero caía como un relámpago. La sintió a su lado, agrietando una de las baldosas, mientras Charlie lanzaba una maldición.

Una décima de segundo había mediado entre su vida y su muerte. Cualquier vacilación, cualquier duda y ahora tendría la cabeza partida en dos por el machete.

Los dos hombres se movieron al mismo tiempo. Nick arrojó bruscamente la manta al rostro de Charlie, mientras éste alzaba el machete para disponerse a atacar de nuevo. Por unos instantes quedó ciego y descargó inútiles golpes a derecha e izquierda, mientras Nick que no se había quitado las botas, le propinaba terrible puntapié en el bajo vientre.

Charlie lanzó un alarido espantoso, que produjo en las ramas cercanas un revoloteo de pájaros asustados. Los monos que llenaban

la selva empezaron también a chillar.

Charlie se desembarazó de la manta, y con un dominio del dolor que dejó asombrado a Nick, se lanzó al ataque. No era un hombre, sino una especie de bestia salvaje. Sus ojos brillaban como los de un loco. De sus labios escapaba una espuma blanca.

Nick, inútilmente, intentó hacerle volver a la razón.

—¡Charlie! ¡Soy Nick! ¡Quieto, Charlie! ¡Yo no quiero hacerte ningún daño!

Tuvo que dar un salto, porque de lo contrario el machete le hubiera abierto el pecho de arriba abajo. La hoja de acero le trazó, aun así un surco sangriento en la piel.

Charlie lanzó un gruñido ininteligible, al darse cuenta de que acababa de fallar. Le miraba con expresión lejana, como si no le reconociese. Todos los músculos de su poderoso cuerpo temblaban a causa de la excitación de aquel momento.

Nick no tenía ningún arma a su alcance. Comprendió que necesitaba emplear su inteligencia en contra de aquella especie de gorila obsesionado. Dio un salto de costado y volvió a apoderarse de la manta. Mientras, Charlie hacía oscilar el machete a derecha e izquierda, suavemente, acercándose y preparando un golpe decisivo.

Justo cuando se arrojaba sobre él, gritando, Nick volvió a lanzar la manta sobre la cara del negro.

Charlie dio un golpe al vacío, tropezó y cayó de bruces. Cuando quiso reaccionar, ya Nick le sujetaba la mano armada. Aun así salió despedido, a causa de una violenta flexión de las piernas del negro.

Los dos hombres se incorporaron, a pocos pasos de distancia uno del otro. Todo el cuerpo de Charlie estaba ahora bañado en sudor, lo que convertía su piel en algo resbaladizo y viscoso. Nick comprendió que, si trataba de sujetarle, el otro se le escabulliría.

Hizo una finta, como si fuera a atacar él, y Charlie retrocedió sorprendido. De pronto reaccionó y se lanzó al asalto, blandiendo el machete por encima de su cabeza.

Nick se ladeó y puso el pie por delante. Charlie cayó cuan largo era, aullando, al tropezar con aquel obstáculo. Ahora Nick no perdió tampoco un segundo, pero su golpe fue más certero. Cuando Charlie se volvió, dos garfios de acero cayeron sobre sus brazos. Gritó al ver que el machete giraba implacablemente, volviéndose

hacia él.

Nick apretó. Oyó, como si viniera de muy lejos, aquel aullido gutural que encontró un extraño eco en el parloteo de los pájaros.

El machete se acababa de clavar en el cuello de Charlie. Este se estremeció unos momentos, mientras Nick se retiraba.

El joven sentía asco de sí mismo.

Aún pensaba que quizá existió una posibilidad de hacer entrar em razón a Charlie, de convencerle...

El gigantesco negro se desclavó el machete, se puso en pie y avanzó aún dos pasos, mirándole con ojos llameantes. Nick no se movió. De pronto todo su cuerpo sufrió una sacudida y cayó otra vez a tierra, ahora para no levantarse más. Su cuello estaba prácticamente dividido en dos.

Nick respiró agitadamente durante algunos minutos.

Era incapaz de reaccionar aún. Le costaba comprender lo que había sucedido.

Poco a poco se serenó. Apartó el cadáver de Charlie porque no quería seguir mirándolo. Lo dejó en el linde mismo de la espesura, algo lejos del sitio donde habían dormido.

Buscó luego entre las ropas de Charlie, por si encontraba tabletas de droga. Sólo una cosa así podía explicar su incomprensible ataque. Únicamente un hombre drogado hasta enloquecer podía haber hecho aquello.

Pero no encontró nada.

Sorprendido, miró en torno suyo.

Si Charlie no estaba drogado cuando atacó, ¿por qué había hecho aquello? ¿Cómo se explicaba?

Nick tuvo que reconocer que el veneno no estaba en la sangre de Charlie, sino en su mente. Era algo secreto lo que le había ordenado atacar. Un mandato que llegaba desde la mismísima selva.

El joven miró en torno suyo.

Cien susurros llegaban hasta él, arrastrándose como reptiles. Rumores de bestias que se buscaban unas a otras, gruñidos de monos, parloteo de pájaros que parecían llenar la distancia y el tiempo.

Y sobre todo la soledad. Aquella espantosa sensación de soledad que le rodeaba.

Pero ¿estaba realmente solo?

¿Qué era aquel ruido, como de mandíbulas, que se oía junto a las paredes?

¿Qué significaba aquella especie de gruñido como...?

... ¿Cómo el de la garganta de un león?

CAPITULO VIII

El capitán Hudson, nacido en Inglaterra y nacionalizado en Kenia, jefe de la policía de Nairobi, avanzó por su despacho mientras acariciaba suavemente la empuñadura de su bastón de mando.

Hudson vestía exactamente igual que en los tiempos en que todo aquello era un dominio de Su Graciosa Majestad británica. En realidad Hudson seguía siendo fiel a la Corona, y en su domicilio había varios retratos de Isabel II, que desgraciadamente no podía tener en su despacho oficial.

Miró al hombre que estaba sentado frente a él, y que fumaba nerviosamente un cigarrillo inglés. Aquel hombre era una auténtica personalidad en Kenya, pese a su relativa juventud. A los cuarenta y cinco años, Temple tenía un sólido prestigio como ingeniero, y las familias blancas se disputaban el honor de invitarle a sus fiestas.

Sin embargo, Temple estaba aburrido de aquella tierra. Buscaba trabajo en Gran Bretaña.

Quería establecerse allí, abandonar un continente donde el hombre blanco se embrutecía y se degradaba poco a poco.

Pero en Inglaterra, Temple no era nadie. La buena sociedad, que él tanto amaba, le cerraba sus puertas. Las grandes Compañías encargaban a otros ingenieros su trabajo.

Hudson sabía todo eso.

¿Quizá por ello tenía Temple aquella especie de complejo de hombre fracasado? ¿Tal vez por eso odiaba más y más aquel país?

Pero ahora Temple quería hablarle de otra cosa.

El ingeniero se puso en pie y contempló el pacífico paisaje que se divisaba desde las ventanas.

—¿Ha visto las fotos? —preguntó.

—¿Qué fotos?

—La de la negra asesinada en aquel hotel.

Hudson se desprendió de su impecable gorra negra.

—Ah, sí —dijo sin interés.

Las sacó del cajón central de su mesa. Eran unas fotos

estremecedoras, de una muchacha negra con un cuerpo completamente destrozado por lo que parecían unas zarpas. Una terrible dentellada se bahía llevado casi la mitad de su cuello.

—¿Son estas?

Temple no quiso ni mirarlas. Hizo un geste de hastío.

—Sí.

—¿Por qué me habla de esto, Temple? ¿Por qué me ha llamado por teléfono y me ha dicho con tanto interés que quería verme?

—He de hablarle de ese asunto.

—No tiene tanta importancia —dijo Hudson aburridamente—. Ha sido resuelto ya.

—¿Resuelto?

—Un negro borracho confesó haber hecho esa salvajada. Dice que tenía una estaca con un clavo en la punta. Golpeo a la negra hasta destrozarla. Todo lo que ve es obra suya.

Temple negó con la cabeza.

—¿Es que no me cree? —preguntó Hudson.

—No.

—¿Conoce el hotel Llanura? ¿Sabe qué clase de público lo frecuenta?

—Nunca he estado allí.

Hudson hizo un gesto de hastío.

—Hay muchas prostitutas negras que tienen clientela blanca —explicó— y esas prosperan, pero hay otras que solo tienen clientela negra. Son las que frecuentan los cafetuchos inmediatos al hotel Llanura. Cuando un negro se emborracha es peor que una bestia. No tienen ellos la culpa, porque somos nosotros quienes les hemos acostumbrado al alcohol. Pero ¿qué quiere que le diga, Temple? Las cosas ya son como son hace muchos años. Nosotros metemos en chirona a aquel que se sobrepasa, lo cual no puede impedir que de tarde en tarde se cometa uno de esos crímenes horrorosos. ¿Por qué le preocupa este tanto?

Temple encendió con gestos nerviosos otro cigarrillo.

—Está equivocado, Hudson.

—¿Equivocado?

—Eso no lo ha hecho el negro que usted dice. No, ni hablar. Debe estar tan borracho que confesaría haber matado a Abraham Lincoln y se quedaría tan tranquilo. Si conociera la Biblia, juraría,

por el mismo precio, que fue él quien mató a Abel. Pero la realidad es bien otra.

—¿Qué quiere decir?

—Haga que el forense le dé un informe detallado.

—Ya lo hizo. Dio un vistazo a la chica. Asegura que es posible que las heridas fueran causadas por un grueso clavo puesto en el extremo de un garrote.

—Pues se equivoca. Eso lo hizo otra clase de persona.

—¿Quién?

—Un hombre-león.

Hudson, que tenía su bastón en el mano, lo dejó caer bruscamente sobre la mesa. Durante unos instantes se quedó mirando a Temple como si hubiera escuchado una herejía. Luego se pasó las manos por el rostro, que se había quedado lívido.

—Oiga, Temple —balbució al cabo de unos instantes—. Usted es un ingeniero.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Quiero decir que es un científico. No puede creer en esas tonterías. Sólo debe creer en lo que comprobable.

—¿Quiere algo más comprobable que un cadáver destrozado?

—¿De dónde ha sacado esa extraña teoría?

—¿No ha oído hablar nunca de los hombres-león, Hudson?

El capitán hizo un gesto de impaciencia.

—Esa es una extraña teoría que, por decirlo así flota en el aire —murmuró—. De vez en cuando, llega de la selva como un rumor. Y, de pronto, los supersticiosos negros se ponen a hablar de «Simba».

¡Pero eso son idioteces! ¡Y me extraña que un hombre inteligente como usted les dé crédito, Temple!

El ingeniero dejó sobre el cenicero su cigarrillo apenas encendido.

—Yo conozco este país mejor que usted —dijo—. No olvide que mis trabajos me han llevado con frecuencia al interior de las selvas. Además, he hablado con dos hombres.

—¿Quiénes?

—Uno se llama Ted. Usted lo conoce porque ha estado establecido aquí, como médico, hasta hace poco tiempo.

—¡Claro que lo conozco!

—Se fue de Nairobi porque no podía soportar la idea del hombre-león. Ha hecho un largo viaje por Sudáfrica y luego por Inglaterra. Ahora ha vuelto a Kenya, pero sigue obsesionado. Me confesó que había hecho cierta operación ilegal en el cerebro de un hombre. Introdujo en él una pequeña parta del cerebro de un león.

—Pero... ¡pero eso es una locura! ¡Y una aberración científica!

—¿Cree que Ted no lo sabe? ¿Y cree que ha vivido tranquilo desde entonces?

Hudson masculló:

—Es como... ¡como crear el monstruo de Frankenstein! Aunque, por supuesto, yo no doy crédito a estas tonterías.

Temple dijo calmadamente:

—También hablé con el hombre al cual Ted había operado.

—¿Queeeeeé?...

—Está en Nairobi. Es un extraño individuo, créame.

—Pero... ¿es que lleva una vida civilizada?

—Y elegante incluso. Viste como un caballero, pero tiene algo en los ojos... Algo que hiela la sangre. No sé de dónde saca el dinero para viajar y para mantenerse en Nairobi, pero lo cierto es que lo tiene. Hablamos por casualidad hace dos noches en un elegante café. Había allí muchachas negras muy jóvenes y muy limpias. No sé cómo nos pusimos a hablar de mujeres. Él me dijo que no le gustaban aquellas.

—¿No?...

—Me dijo que prefería las que frecuentaban el hotel Llanura. Que él las encontraba más atractivas, más... naturales.

Clive hizo una mueca que deformó su rostro y pareció llenarlo por un momento de mil pequeñas arrugas.

—Necesito interrogar a ese hombre —dijo.

—No creo que sea posible.

—¿Por qué?

—No está aquí.

—¡No ha podido salir de Kenya sin ser controlado! ¡Y si está en Kenya lo encontrará! ¡Dígame adónde ha ido!

Temple hizo un gesto vago, impreciso, señalando un punto indescifrable del horizonte.

—Volverá, seguro, pero de momento es casi imposible encontrarlo. Se fue a la selva...

CAPITULO IX

Nick se estremeció.

Le parecía que aquel extraño sonido llegaba de todas partes, que vibraba en la noche.

Era como el de un león que avanza poco a poco. Parecía estar a la derecha, luego a la izquierda. Llegó a pensar si estaba rodeado por más de una fiera.

Lentamente, con todos los sentidos alerta, volvió al lugar donde había dormido, cogió su rifle y lo cargó procurando que se oyera el chasquido del cerrojo. Muchas fieras, guiadas por un misterioso instinto, temen esos sonidos porque saben que tras ellos está uno de los poderes más terribles del hombre.

En efecto, aquel levísimo rugido cesó. Nick aguardó con todos los nervios en tensión. Sus ojos escrutaban la oscuridad a un lado y a otro, viendo sombras que se movían en todas las zonas de tinieblas.

Por fin se tranquilizó. La fiera debía haberse alejado, al comprender que no atraparía a su víctima por sorpresa.

Pero, ¿cómo había llegado un león hasta allí?

¿Como podía estar tan lejos de sus terrenos habituales de caza?

Fue avanzando poco a poco por lo que habían sido naves del hospital. En todas partes la misma sensación de desolación, de abandono, de selva que lo iba tragando todo. Entre las piedras semiderruidas se oía el roce furtivo de las alimañas, y en la lejanía se percibía el grito, parecido a un llanto patético, de las primeras hienas.

La luna proyectaba la sombra de Nick sobre algunas de aquellas paredes blancas.

El joven veía aquella sombra. La sentía como si no fuera suya, como si nada tuviese que ver con ella.

Y de pronto distinguió algo detrás de esa sombra, es decir, detrás de él mismo.

¡Una zarpa! ¡La zarpa de un león!

Nick no se detuvo a pensar que era increíble que la zarpa de un

león estuviese a la altura de su cabeza —es decir, como si la fiera le siguiese en pie—, sino que se lanzó inmediatamente de costado hacia unos matorrales. Oyó tras él un rugido, y la zarpa llegó a rozarle la camisa.

Unos jirones de ésta saltaron al aire. Pareció increíble que no saltara también su piel.

Pero el primer golpe del león había fallado. Nick se revolvió en un palmo de terreno, girando su rifle.

De pronto abrió mucho los ojos.

No se veía nada tras él; nada, excepto las naves semiderruidas y los pedazos inescrutables de selva.

Ni un susurro, ni la presencia de un ser viviente. Nick hizo dos disparos hacia los lugares donde podía haberse ocultado el hombre-león (pues ahora ya no tenía ninguna duda de su existencia) y esperó a oír un rugido, algo que indicara que había dado en el blanco. Pero el silencio fue lo único que oyó después de los estampidos del rifle. Y, casi inmediatamente, todo un coro de monos asustados se puso a chillar entre los árboles,

Nick se puso en pie y siguió avanzando cautelosamente, pero ahora volviendo la cabeza a cada momento y vigilando más a su espalda que delante suyo.

Fue así como llegó al lugar donde había dejado el cadáver de Charlie.

Abrió los ojos, mudo de horror, cuando lo vio. Porque el cadáver de Charlie había sido destrozado por unas uñas y unos dientes de fiera. Los dientes de un león...

Era como una borrachera de horror y de sangre.

Nick sintió que enloquecía y empezó a disparar frenéticamente contra las sombras de las hienas que ya bailaban en torno a él como fantasmas repugnantes, atraídas por el olor de la sangre, buscando su presa.

Desde las sombras, unos ojos duros y siniestros miraban a Nick. Unas zarpas enormes descansabas sobre unas piedras.

El león parecía esperar a que Nick acabase las balas para atacar de nuevo, pero de pronto el joven dejó de disparar. Sus facciones, cubiertas de sudor, se habían vuelto lívidas. Sus ojos miraban la noche como si fuese la primera vez que veían aquel pedazo de selva.

Poco a poco, un lívido resplandor empezó a filtrarse por entre las lianas y las ramas de los árboles. El espacio se llenó con el grito de los pájaros mañaneros que saludaban alegremente a la aurora.

Las zarpas del león se retiraron poco a poco, en silencio, dejando unos surcos marcados sobre la piedra.

CAPITULO X

El hotel Llanura ocupaba un edificio que en otro tiempo fue casi lujoso. En él había existido un casino con ruleta y algunas habitaciones reservadas a jugadores de importancia. De su pasado esplendor quedaban algunas paredes estucadas, algunos espejos mal colgados en los pasillos, algunos cortinajes sucios que se iban cayendo a tiras.

Como había ocurrido en otras ciudades, el barrio blanco donde estaba instalado el casino se transformó poco a poco en un barrio negro. Los habitantes más exigentes o menos tolerantes lo fueron abandonando, y sus viviendas las ocuparon familias negras. La descolonización y las luchas anteriores a ella, aceleraron ese proceso. Pronto todos los alrededores estuvieron habitados por negros cada vez más pobres, y al casino ya nadie iba a jugar. Al fin cerró y se transformó en un hotel de mala nota.

Puertas desvencijadas, ventanas que no cerraban, correr furtivo de ratones... Eso fue lo que el capitán Hudson captó al penetrar en aquel ambiente.

Temple le acompañaba. Quería que el capitán se convenciera por sus propios ojos de que lo que él había dicho era la más exacta verdad.

Una sirvienta negra fumaba en un rincón una larga pipa. Apenas abrió un ojo al verlos llegar.

—¿Qué es eso? ¿Viene persiguiendo a alguna chica, capitán?

—Yo no persigo a abuelitas.

—Son todas jóvenes. La mayor tiene veinte años.

—¡Voy a meterte en la cárcel! —aulló Hudson—. ¡Voy a meterte en la cárcel con pipa y todo, maldita guarra!

La sirvienta negra no se inmutó. Todos los policías que venían a inspeccionar aquello la amenazaban con lo mismo. Siguió fumando tranquilamente, sin molestarse en abrir el otro ojo.

—Esta habitación —dijo Temple.

Todo despedía un olor espeso, y la luz turbia era casi irreal. Aquella mezcla de lujo antiguo y de suciedad moderna, llegaba casi

a producir vértigo.

Los dos hombres se veían a trechos reflejados en trozos de espejo cuyo marco ya no existía, o tropezaba con restos de divanes donde extrañas muchachas negras, con sus enormes bocas entreabiertas, dormían pesadamente una borrachera.

Hudson empujó la puerta de la habitación. De pronto parpadeó, mientras llevaba la mano a su pistola.

Dentro había un hombre.

Un hombre impecablemente vestido de blanco, pero cuya frente estaba perlada de gotitas de sudor.

—¿Qué hace aquí, Nick? —farfulló Hudson—. ¿En qué diablos de ambientes se mete?

Nick señaló las paredes de la habitación.

—Inspeccionaba esto.

—¿Por qué?

—Me han dicho que aquí se había cometido un crimen.

Hudson lanzó un gruñido.

—Oiga, Nick, ¿qué tiene usted que ver en eso?

—Acabo de regresar de la selva —explicó Nick—. He visto ahí cosas que no me atrevo a explicar...

Temple le miraba con ojos entrecerrados. Le interrumpió:

—¿Qué cosas, Nick?

—He estado a punto de ser atacado por el hombre-león. El guía que me acompañaba resultó destrozado.

—Pero ¿qué tonterías está diciendo? —masculló Hudson.

—No es una tontería.

—¡Una cosa así no se la traga ni su propio criado!

—Mi criado, Niko, ha desaparecido. Cuando yo he vuelto a casa, él ya no estaba allí.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Usted es muy escéptico, capitán —dijo Temple—, pero los hombres-león existen. En la selva siempre ha habido una tradición respecto a ellos, y ningún habitante de las tribus niega su existencia. Ahora ya, somos dos los hombres blancos que estamos intranquilos. ¿No es cierto que ha venido por eso, Nick?

—Sí.

—¿También oyó decir que aquí se había cometido un crimen muy extraño? ¿Algo que no se explicaba si no era por la

intervención de uno de esos monstruos?

Nick apretó los labios.

—Sí, eso he oído decir.

—Y ha querido investigar por su cuenta, ¿eh? —murmuró Hudson—. Muy bien. ¿Qué ha encontrado?

Nick señaló una de las paredes.

En ella se marcaban unas señales simétricas y profundas, que solo podían haber sido causadas por una enorme zarpa al fallar un golpe y chocar contra aquella pared. Un experto hubiera dicho enseguida que esas huellas solo podían corresponder a la zarpa de un león.

Y Hudson era lo bastante experto para saber eso. Había pasado meses enteros cazando en las cabañas de África Central. Para él los leones eran tan conocidos como su propia tropa de policías negros.

Apretó los labios, mientras sentía formarse un ruido en su garganta.

—Es realmente extraño... —masculló—. Creo que quizá tenía usted razón, Temple—. Pero ¿por qué no nos avisó esa maldita zorra que regenta el hotel?

—Supongo —dijo Nick— que no quiso tener problemas.

—Eso lo arreglaremos enseguida.

Hudson, mientras mascullaba la frase, había abierto la puerta. La negra de la pipa estaba tras ella, escuchando. Seguía mirándole con un solo ojo. Hudson la zarandeó, arrojándola contra la pared del fondo, donde los restos de un antiguo espejo terminaron de hacerse añicos.

—¿Quién descubrió a la chica? —masculló—. ¿Quién fue el primero que metió los hocicos aquí, maldita sea?

—Fui... yo misma.

—¿Y no notaste nada raro?

—¿Más raro aún que aquel cadáver? ¡Era espantoso! ¡No pude fijarme en ninguna otra cosa!

—¿Y las señales de la pared?

—¡Hay señales en todas partes! ¿Qué clase de gente cree que entra aquí, capitán? ¿Miembros de la Cámara de los Lores?

—¿Quién estaba con la chica?

—No sé... Un negro. ¡Uno cualquiera! Pero ¿por qué pregunta tanto? ¡Ya hay un borracho que ha confesado que lo hizo!

Hudson escupió despectivamente al suelo.

—Eso es lo malo. ¡Que se trata de un borracho! Desgraciadamente, no me he dado cuenta hasta ahora, cuando quizá sea demasiado tarde. A ese pobre hijo de zorra lo único que le importaba era salir en los periódicos. ¡Valiente asesino! ¡El que yo quiero es el otro, el que estaba con la mujer!

La negra se retiró lentamente la pipa de la boca.

—Ya le he dicho que era uno cualquiera. Al oír los gritos entramos y no le encontramos ya, porque seguramente había saltado por la ventana. Pero debe ser uno de los clientes de los cafetuchos de por aquí; podrán encontrarle.

—¿Tenía algo que lo distinguiese?

—Un tatuaje... Sí, eso es, un tatuaje. Los llevan algunos negros de los que han sido marinos... Una sirena, o algo así... ¡Lo de siempre!

Hudson dio un empujón a la negra y la arrojó al suelo.

—¡Te acordarás de esto, zorra!

—Todos los hombres blancos son unos cerdos —escupió ella.

—¿Qué querías? ¿Qué encima te diese un premio?

—El profesor siempre pregunta con más educación. Y al marcharse da propinas estupendas.

Nick adelantó un paso.

—¿El profesor? ¿Qué profesor?

—¡Bah, no les importa!

Nick puso en manos de la negra un billete de una libra, mientras trataba de sonreírle. Aquel cambio de táctica convenció a la encargada del hotel. Dijo con suavidad:

—El profesor Loman.

Nick sintió como un pinchazo en el cerebro.

—¿Qué ocurre con él?

—Viene mucho por aquí. Le interesa el ambiente de los negros.

—No me dirás que se derrite por las mujeres que frecuentan esto —masculló Hudson.

—Habla mucho con ellas.

—¿Y de qué?

—¡Yo qué sé! Por lo que me han comentado, está reuniendo tradiciones de la selva. Algunas de esas muchachas aún creen en brujerías y en hechizos. El profesor Loman les hace decir todo lo

que saben. Creo que está escribiendo un libro.

Temple hizo un gesto ambiguo.

—Creo que el profesor Loman aparece siempre donde menos se le espera —susurró.

Nick le miró.

—Estaba pensando lo mismo.

—¿Cree que será conveniente ir a verle?

—Antes quiero hacer algo.

—¿Qué?

—Tratar de localizar al negro del tatuaje. Al que estaba con la chica cuando ella murió.

—¿Cree que él pudo ver a «Simba»?

Hudson lanzó una especie de ronquido.

—Pero ¿qué tonterías están hablando? ¿Quién cree en esa estúpida leyenda de «Simba»?

—Usted ve esas marcas ahí, ¿verdad, capitán? —musitó Nick—. Evidentemente, las ha causado un león. ¿Y cree que una fiera de esa clase ha podido entrar aquí?

—Pero un hombre-león... ¡Un hombre-león tampoco puede ser! ¡Es increíble, es absurdo! ¡«Simba» no existe!

La mujer negra encendió parsimoniosamente su pipa, que se había apagado poco antes.

—Muchas de las chicas creen en «Simba» —murmuró.

—¿Y qué son esas chicas? —masculló Hudson—. ¡Miserables zorras que pululan por esos cafetuchos de mala muerte! ¡Basta que ellas crean en eso para que no lo crea yo!

Pero sin duda Hudson estaba impresionado por que acababa de ver. Cuando salieron de allí, su rostro tenía una palidez mortecina; parecía una mancha en la claridad de la mañana.

Se volvió-hacia Nick antes de subir a su coche.

—Trate de encontrar al hombre del brazo tatuado —murmuró—. Quizá él llegó a ver algo que nosotros no podemos ni imaginar siquiera. Hágalo Nick... y téngame al corriente de lo que sucede.

—Eso es justamente lo que pensaba hacer, capitán.

—¿Necesita protección?

—No. ¿Para qué? Si «Simba» ha decidido atacarme, sus hombres no me servirán de nada.

—En todo caso pídamle ayuda si la necesita. Ese es un asunto en

el que no quiero ni pensar.

Nick no contestó. Esperó a que el coche hubiera desaparecido, y entonces se pasó la mano por la frente, que estaba perlada de gotitas de sudor helado.

Decidió empezar a buscar inmediatamente al misterioso hombre del tatuaje.

* * *

Los suburbios de Nairobi son como todos los suburbios de todas las ciudades negras. Hay en ellos un hacinamiento enorme de construcciones de madera, de edificios semirruinosos y de pequeños edificios hechos con latas aplanadas y pintadas, constituyendo conglomerados urbanos que en sí todo el mundo tienen el mismo nombre: *bidowville*. Allí se mezclaban negros puros con mestizos que no habían conocido a su padre blanco, con indios, con viejos mercaderes árabes e incluso algunos chinos que habían llegado hasta allí desde no se sabía dónde.

Encontrar en ambientes así a un tipo determinado, sabiendo única mente que lleva un tatuaje, es algo casi imposible. Nick se convenció de ello cuando, al llegar la noche, comprendió que no había adelantado absolutamente nada.

No hubo cafetucho miserable en el que no hiciera preguntas; no hubo pensión en la que no se metiera. Llegó a penetrar incluso en viejos almacenes recorridos por ratas gordas como cerdos, y que durante las noches servían de dormitorio gratuito a docenas de negros vagabundos que no podían pagarse una cama.

Todo inútil.

Desalentado, eran ya las dos de la madrugada cuando resolvió desistir de su búsqueda.

Nunca encontraría a aquel tipo. Nunca.

Iba ya a regresar al centro de la ciudad —porque, además, la presencia en los barrios indígenas a aquella hora resultaba terriblemente peligrosa— cuando una chiquilla se acercó corriendo a él.

Tendría unos doce años. Como todas las negras, estaba muy desarrollada e iba semidesnuda. Sus enormes ojos brillaban a la luz de las estrellas, mientras que su inconfundible olor de piel que

nunca se lava podía captarse a varios pasos de distancia. Nick, sin embargo, no sintió ninguna repugnancia. En parte la culpa la tenían ellos, los blancos, por no haberles enseñado nada mejor.

La pequeña debía conocerle. Llamó:

—*Bwana* Nick...

El la miró con una sonrisa.

—¿Cómo me conoces?

—Has estado todo el día por el barrio.

—Sí, pero ya me marchó. Buscaba a un hombre y ese hombre no está por aquí.

—¿Un hombre con un tatuaje?

Nick arqueó una ceja.

—¿Lo conoces?

—El me ha dicho que te buscara.

—¿Dónde está?

—Quiere verte, pero tienes que hacer tres cosas.

La pequeña hablaba un inglés muy correcto aprendido sin duda en las puertas de los hoteles o de los clubs nocturnos, donde más de una vez habría pedido limosna.

—¿Qué tres cosas? —musitó Nick.

—La primera, tienes que ir solo y sin avisar a la policía; la segunda, tienes que darle diez libras; la tercera, tienes que darme una libra a mí.

—¿A dónde he de ir?

—A la misión.

La «misión» era un extraño y siniestro lugar situado en los suburbios de Nairobi, en unos descampados cercanos a *bidonville*. Años antes hubo allí una escuela católica y una enfermería, de todo lo cual cuidaban tres sacerdotes haciendo un esfuerzo sobrehumano. Una noche la misión se incendió, y dos de los sacerdotes murieron. El otro no tuvo ni dinero ni fuerzas para seguir; cuando regresó, un año más tarde, dispuesto a reconstruirlo todo tras haber conseguido ayuda, los restos de la «misión» eran ya una auténtica población negra. Resultaba imposible sacar de allí a las docenas de familias que habitaban aquello. Entonces hubo de instalarse en otro sitio, hasta que una epidemia hizo que las autoridades ordenaran la evacuación de aquellas ruinas.

Ahora formaban, bajo la noche, el conjunto más siniestro que

Nick hubiera podido imaginar.

Lo pensó mientras avanzaba poco a poco, oyendo solamente el ruido de sus propios pasos tras haber dado la libra a la niña y haberse separado de ella. Por encima de los muros ennegrecidos, se veían tililar las estrellas; lo que había sido templo aún conservaba algunos detalles de su vieja estructura, como parte del altar y, cosa increíble, un confesonario casi intacto.

Nick se aproximó. Sabía que el hombre del tatuaje le estaría aguardando allí.

Una sensación de frío le recorría la espalda. Era un lugar de ultratumba, un sitio ideal para una emboscada. Los ojos crueles de «Simba» podían estar acechándole desde cualquier rincón; sus zarpas podían herirle por la espalda en cualquier momento.

Nick siguió avanzando.

El confesonario emergía de las sombras como una mancha más negra. De pronto surgió aquella voz:

—Deténgase.

El acento gangoso era el peculiar de un negro. Nick obedeció aquella orden mientras miraba frente a él, hacia la oscuridad. El hombre del tatuaje tenía que estar dentro del confesonario.

—Deposite ahí las diez libras. Hágalas entrar por la rejilla.

—No es más que un miserable —susurró Nick— y dudo que tenga algo importante que decirme.

—Necesito ese dinero porque quiero marcharme de Nairobi. Vamos, démelo.

—Cuando sepa qué es lo que tiene que decirme.

Nick no veía al negro. Sólo escuchaba su ver surgiendo de entre las sombras. Y aquella voz musito:

—Usted me buscaba. Pregúnteme.

—Quiero saber si entró en la habitación con aquella muchacha a la que asesinaron.

—Sí; entré con ella.

—Dígame qué ocurrió. Explíquemelo con todo detalle.

—Yo no vi que ocurriera nada... Simplemente me asusté.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que vio?

—En la habitación aguardaba otra mujer.

Nick hizo un gesto de extrañeza que el otro no pudo ver a causa de la oscuridad.

—¿Una mujer? ¿Y eso le asustó?

—Era una mujer blanca.

Ahora el gesto de extrañeza de Nick fue tan intenso que se oyó el rechinar de sus dientes.

—Eso es absurdo. Una mujer blanca no hubiera entrado allí.

—¡Pues estaba en la habitación! ¡Puede creerme! ¡Yo mismo la vi, se lo juro!

—¿Pudo entrar por la ventana?

—Eso es lo que me parece más seguro.

—¿Y cómo era?

—Una mujer blanca, muy bonita... Iba muy bien vestida. Pero me asustó porque en sus ojos estaba la mirada del león.

Nick no hizo preguntas sobre aquello. Sabía que a un nativo no conseguiría arrancarle detalles de en qué consistía aquella misteriosa mirada del león. El otro lo había visto así y ya no habría quien se lo quitase de la cabeza.

Por otra parte, aquel pensamiento le hacía estremecer.

Suponía quién era aquella mujer, aunque no hubiese querido ni imaginarlo.

—Es todo cuanto puedo decirle —balbució el negro—. Me asusté. Pensé que era mejor huir y salté por la ventana.

—¿Dijo la mujer blanca una sola palabra?

—No. Sólo me miraba.

—Y la mujer angra, ¿qué hizo?

—Se quedó ahí, muy quieta.

—¿Oyó algún grito al huir? ¿Algo que le indicase que allí se cometía un crimen?

—No oí nada...

Siguió un tenso silencio. Nick se convenció de que no obtendría ningún otro dato útil. Extrajo diez billetes de a una libra y formó con ellos un pequeño fajo.

—Hay algo más —dijo de repente el negro—. No quería contárselo. No me atrevía.

—Diga lo que sea. Le conviene.

—Huí lo más aprisa que pude porque en las cercanías de aquella casa vi a «Simba».

Nick quedó anonadado.

De pronto le pareció como si el aire estuviese cargado de

amenazas, como si la oscuridad se hubiera hecho más intensa.

—¿«Simba»? —balbució—. ¿Quién es?

—No conozco su nombre. Nosotros siempre le llamamos así: «Simba». Es un hombre blanco.

—Descríbamelo.

—No... no puedo hacerlo. Se lo señalaría si ahora lo tuviese aquí delante, pero no sé cómo describirlo... Es «Simba». Lo conocemos muchos negros de los que hasta hace poco hemos vivido en la selva.

Se oía el castañetear de sus dientes, y Nick comprendió que el otro estaba aterrorizado. Temía haber hablado en exceso por solo diez libras. El joven no supo por qué sintió compasión de él.

Introdujo el pequeño rollo de billetes por entre la rejilla del confesonario.

—Si necesitas algo —susurró—, o si recuerdas otra cosa que sea importante, búscame en el Edificio Wellington. Vivo allí.

El fajo de billetes desapareció. Luego volvió a hacerse un espeso silencio.

Nick se sentía intranquilo allí. Era como si una misteriosa amenaza, al principio lejana, se hubiese ido aproximando a él. La oscuridad se había llenado de susurros y las sombras parecían cada vez más espesas a su alrededor.

Cuando salió de entre las ruinas de lo que había sido templo, se sintió mucho más tranquilo.

Mientras tanto, el negro había guardado el fajo de billetes. Era un auténtico gigante, pero con alma de niño. Sus ojos temerosos miraban a todas partes, presintiendo una oculta amenaza.

De pronto una figura alta y rígida apareció frente a él. Era la figura de un hombre blanco, vestido con un impecable traje de seda oscura. Llevaba un bastón en su mano derecha, y sus ojos inmóviles parecían despeo un fuego interior, una secreta amenaza.

Muchas personas en Nairobi hubieran reconocido a aquel hombre que tenía acceso a los círculos más cerrados y más aristocráticos de la sociedad blanca.

Eran muchos los que saludaban con respecto al profesor Loman. Y sin embargo, allí parecía encostrarse también en su ambiente. Aquel misterioso reino de sombras también parecía ser su reino.

El negro casi se arrodilló ante él.

—¡«Simba»! —musitó, presa de un secreto terror—. ¡«Simba»!

CAPITULO XI

El capitán Huasca entró en su despacho y depositó sobre la mesa, con gesto malhumorado, el bastón de mando. Hacía calor aquel día, un calor bochornoso que llegaba del Océano Indico. Eran esos días los que le hacían pensar en la lejana Escocía, en el mar que batía los acantilados y en el aire fresco que llegaba desde los montes Grampianos, un aire fresco que invitaba a vivir.

No aquello.

Miró al hombre que estaba ya sentado en su despacho, esperándole, y lanzó una especie de gruñido.

—Hola, Nick.

Nick le saludó con un gesto y depositó en el cenicero el cigarrillo que estaba fumando.

—¿Por qué me ha mandado llamar, capitán?

—Quiero que me acompañe.

—¿A dónde?

—No haga preguntas. Venga.

En el coche hacía calor también, a pesar de las ventanillas abiertas. Ni el capitán ni Nick dijeron una palabra durante el trayecto, aunque el joven parpadeó varias veces al ver que se dirigían al cementerio.

Un depósito de cadáveres secundario estaba radicado allí. Había solo tres muertos en él, los tres cubiertos con sábanas. Hudson levantó solo una parte de la primera de ellas, dejando al descubierto un brazo negro, en el cual había un tatuaje: una sirena admirablemente dibujada, pero que apenas destacaba en aquella piel.

Hudson susurró:

—Me parece que este es el tipo que buscaba.

Nick fue a levantar el resto de la sábana. Hudson se lo impidió con un ademán.

—Más vale que no vea el resto.

—¿Por qué?

—Ese brazo es la única cosa reconocible que queda de él. El

resto ha sido prácticamente descuartizado. ¿Sabe una cosa, Nick? «Simba», ha realizado su más salvaje trabajo. Si no llega a ser por el tatuaje, no le habiéríamos reconocido.

Nick tragó saliva penosamente.

—¿Dónde lo encontraron?

—En un lugar semiabandonado que los indígenas llaman «la misión».

Las dudas de Nick se disiparon. Una claridad siniestra se hizo en su mente. Al principio había pensado que quizá aquel tipo no fuese el que habló con él. Ahora se daba cuenta de que tuvo que ser el mismo. «Simba» debía haber actuado pocos minutos después de su marcha...

—¿Qué le pasa, Nick? —preguntó Hudson—. Se ha puesto muy pálido...

—No me pasa nada. Debe ser el calor.

—¿Acaso había visto antes a este hombre?

—No —mintió Nick.

—Pues ahora sí que lo está viendo. Y, desgraciadamente, ya no va a poder hablar.

Nick hizo de repente un gesto brusco y levantó la sábana, a pesar de saber que a Hudson no le gustaría. Lo que vio le hizo lanzar una sorda exclamación de horror. El cuerpo del negro estaba materialmente destrozado por las garras y por las fauces. Su muerte debió haber sido terrible, y lo que quedaba de su cara reflejaba un espanto total, un horror que estaba más allá de la muerte.

Nick lo volvió a cubrir, mientras desviaba la mirada.

—¿Llevaba dinero encima? —susurró.

—Sí. Diez libras.

Ya no podía caber ni la menor duda de que se trataba del mismo hombre que habló con él la noche anterior. Nick siguió la dirección de la mano de Hudson y vio que éste le señalaba un pequeño montoncito de objetos situados en la mesa contigua.

—Aparte las diez libras, eso es todo lo que llevaba encima —dijo.

¿Qué objetos puede llevar consigo un africano pobre? Nick los fue enumerando: Un diente de león que debía emplear como amuleto, una cajetilla de tabaco barato, una cartera de plástico y una tarjeta acreditando que el interesado había trabajado en las minas

de cobre de Zambia.

—¿Qué hay dentro de la cartera?

—Nada. La llevaba para hacerse el importante.

Nick la abrió. Dentro, en efecto, no había nada, si se exceptuaba un pedacito de papel en el cual había apuntado un número con bolígrafo.

—¿Qué es esto?

—Hemos tratado de averiguarlo. Alguien se lo debió apuntar, porque ese hombre no llevaba bolígrafo, y además es dudoso que supiera escribir. Pero ese número, en sí, no significa nada. Es el I. 112. Y puede llevarlo ahí desde hace meses. ¿Quién sabe?

Nick volvió a dejar la cartera en su sitio.

—Sí —musitó—. ¿Quién sabe?

Pero cuando salió de allí llevaba aquel número grabado en la cabeza. Estaba seguro de que podía tratarse de una pista. Fue a su apartamento y revisó todos los objetos del desaparecido Niko, su criado negro. Aquello le empleó varias horas, porque lo hizo meticulosamente. Al fin, detrás de la hoja de un calendario de pared, encontró apuntado el mismo número: el I.112.

¿Qué significaba aquello?

Nick estaba asombrado. No podía corresponder al número de una casa, porque no había ninguna calle tan larga en Nairobi. ¿Quizá a una hora, las 11' 12? Eso era posible, con solo añadir una coma a la cifra. Pero una hora no significaba nada en cuanto había pasado ya. Nick hubiera deseado que se tratara de otra cosa.

Un vuelo de avión... Llamó al aeropuerto y preguntó qué números llevaban los vuelos del pasado mes y cuáles serían los del próximo. Pero la respuesta resultó desalentadora. Ningún número, ni de salida ni de llegada, era el I. 112.

Pensó entonces que podía tratarse de la habitación de un hotel, pero no los había tan grandes en Nairobi. De la cama de un hospital, pero tampoco había tantas en ninguno de los del país. Por último pensó que pudiera tratarse de una caja postal, y en efecto había una con el número I. 112, pero estaba sin alquilar.

Por fin Nick creyó dar con la solución.

En Nairobi había una biblioteca pública... ¡Y sin duda con más de 1.112 lectores!

Se dirigió allí. La bibliotecaria, una mujer muy blanca y muy

rubia, que parecía haber salido de Oxford diez minutos antes, le atendió amablemente.

—Desde luego, señor, le puedo decir a quién corresponde nuestro número de lector 1.112. Tengo el fichero aquí... —lo consultó brevemente—. El 1.112 corresponde a uno de nuestros visitantes más habituales. Es el profesor Loman, especialista en viejas costumbres de África.

CAPITULO XII

La casa estaba en un lugar tranquilo, aislada de cualquier vecindad molesta. Era muy amplia, estaba rodeada de jardín y tenía un aspecto lujoso.

Los libros del profesor Loman, que se vendían en el mundo entero, le permitían tener aquella casa en un lugar donde, por otra parte, el terreno y las construcciones eran baratas.

Nick se acercó sigilosamente allí, amparado en las sombras que lo llenaban todo.

No había luna.

La casa emergía de entre la oscuridad como una mancha blanca. Un sendero casi borrado llegaba hasta ella, y a su final, junto a la verja, se veía un «Land Rover». Había un par de ventanas iluminadas en el edificio.

Nick llevaba una «Browning», pero sabía que eso de poco iba a servirle en caso de ser atacado por «Simba».

Ahora no tenía ninguna duda de que «Simba» habitaba precisamente allí. Y de que salía en algunos momentos convertido en la fiera que todos temían, en el hombre-león del que hablaban las viejas leyendas.

Daba por descontado que el profesor Loman, es decir «Simba», no tendría a nadie que le protegiese.

Con nadie podía compartir su secreto. Estaba condenado a la más espantosa soledad.

Pero aun sin contar con ayuda, «Simba» era lo bastante temible como para que Nick se diese cuenta de que corría la aventura más peligrosa, quizá desesperada de su vida.

Todo consistía en no ser visto. En no hacer el menor ruido hasta que cayese sobre «Simba».

Saltó ágilmente sobre la valla, y el ruido de su cuerpo fue amortiguado por la hierba.

Las dos ventanas iluminadas correspondían al primer piso, o sea que no podía saber lo que había tras ellas. Todas las ventanas de la planta baja estaban a oscuras.

Eso era, sin embargo, una ventaja nada desdeñable. Podría entrar sin ser visto.

Procuró hallar una ventana que estuviera ligeramente alzada, y la encontró en la parte posterior del edificio. Pudo introducir las manos y mover los resortes que regulaban los movimientos de la hoja de guillotina. Esta se alzó silenciosamente. Nick pasó al interior, siempre sin hacer el menor ruido.

La habitación donde se encontraba ahora era una sala, donde Loman tenía, por lo visto, guardados todos los objetos curiosos que recogía en sus correrías por la selva, desde dardos envenenados hasta mandíbulas de animales medio corroídas por el sol. También había allí una buena cantidad de lanzas y de máscaras guerreras que, entrevistas en la oscuridad, eran capaces de helar la sangre a cualquiera.

Nick dejó aquella habitación para salir a una pequeña antesala cuyas paredes estaban materialmente cubiertas por croquis y dibujos anatómicos de la mayor parte de los animales que pueblan el África Oriental. Poco más allá arrancaba una escalera que llevaba al piso superior.

El joven ascendió por ellas.

Había otra antesala arriba y por debajo de una de las puertas se filtraba luz.

Nick no lo dudó; empujó aquella puerta, abriéndola de golpe.

Y lo que vio le hizo comprender muchas cosas en un solo instante; le convenció, en fracciones de segundo, de que el negro del tatuaje, el que ahora estaba muerto, no había mentido al decirle que vio una mujer blanca en aquella habitación del hotel Llanura. Porque la mujer blanca, sin duda, era la que ahora estaba allí.

Era Vicky.

* * *

La sorpresa de Nick al verla fue total, pero también pareció total la sorpresa de Vicky al verle irrumpir en la habitación de aquella manera.

La muchacha llevaba unos ceñidos pantalones blancos que realzaban sus juveniles y opulentas formas. Llevaba una blusa muy escotada y sandalias de medio tacón. No iba pintada, pero no lo necesitaba tampoco. Era la mujer más bonita, más seductora que Nick había visto en su condenada vida.

El joven cerró la puerta a su espalda, silenciosamente.

Ella balbució:

—Pero, Nick

Nick no contestó. Miraba sus ojos, los miraba con la intensidad de un demente. «Tenían la mirada del león, —había dicho el negro—. Me dio tanto miedo que huí».

¿Cómo era la mirada de Vicky? ¿Había realmente en ella algún misterio? ¿Cuál era el secreto de su vida?

Todas estas preguntas parecieron reflejarse en la expresión de Nick, quien vio cómo ella se ponía en pie y se acercaba con movimientos que, sin pretenderlo, eran ondulantes.

—¿Qué haces aquí?

—Creo que las preguntas debo hacerlas yo, Vicky.

—Tengo la sensación de que esto es como un sueño... —susurró ella—. ¿Cómo has entrado? ¿Qué buscas?

Él no contestó. Sólo preguntó con voz silbante:

—¿Cómo estás viviendo aquí?

—Loman me pidió que viniera.

—¿Por qué?

—No es ningún secreto; necesito trabajar. Y me encontraba terriblemente desplazada en Londres.

—¿Acaso te ha nombrado su secretaria?

—Sí. Dice que yo soy la única que puede comprender muchas cosas de la selva y ayudarle eficazmente. Pero ¿a qué vienen todas estas preguntas? ¿Qué ocurre?

Él se fijó entonces mejor en el lugar donde acababa de entrar. Era un especie de cocina-comedor muy moderna. Vicky acababa de comer algo cuando el entró tan de repente. Todavía tenía el plato ante ella, sobre la mesa.

Era carne.

Nick tomó el plato con dos dedos, miró su contenido y vio que los pequeños restos de carne que aún contenía estaban casi crudos.

Bruscamente sintió como un pinchazo en el cerebro. Lo vio todo

tan claro, tan terriblemente claro, que estuvo a punto de lanzar un grito.

Vicky era... Era...

No se atrevía ni a pensarlo siquiera. Pero tampoco tuvo tiempo, esa fue la verdad. Porque inmediatamente una cosa dura se clavó en su espalda.

La voz de Loman susurró:

—Levante las manos.

—No ha venido aquí a robar —dijo presurosamente Vicky—. Más bien creo que está viviendo una pesadilla.

—Calla.

La mano izquierda de Loman apareció por detrás de Nick y se introdujo bajo su americana. Extrajo la «Browning» de la funda axilar y volvió a desaparecer con ella.

—Vaya hasta aquella pared, Nick.

—¿Por qué no dispara de una vez? ¿O por qué no me despedaza?

—Le digo que vaya hasta aquella pared.

Nick avanzó. Una vez allí dio media vuelta y vio a Loman frente a frente. Loman llevaba un «Smith-Wesson» de calibre pesado. Podía abrirle en el cuerpo un boquete de medio palmo, disparando a aquella distancia.

Las facciones de Loman parecían talladas en piedra.

—¿A qué ha venido, Nick?

—¿No lo adivina?

—No quiero acertijos. Dígame qué buscaba.

—Le buscaba a usted, Loman. No sabe la alegría que he tenido al verle. Y la alegría, más grande aún, que he tenido al ver a Vicky.

—Ella es mi secretaria.

—Sí, ya me lo ha dicho. El doctor Frankenstein y su ayudante. En esos lugares siempre tiene que aparecer una chica guapa.

—Pero, ¿por qué?

—Sé perfectamente que voy a morir, Loman. Todo lo que está ocurriendo es demasiado peligroso para usted. Pero le advierto que el capitán Hudson sabrá seguir mi pista.

Loman apretó los labios.

—Avance hacia esa puerta. Y no intente nada porque le vuelo la tapa de los sesos.

—Le sería más barato emplear las uñas, Loman. ¿O quizá solo le crecen en las noches de luna llena?

Había avanzado hacia la puerta señalada por el profesor. Este alzó la mano derecha rápidamente, con una fuerza y una precisión que Nick no esperaba.

La culata de la pistola se abatió sobre su cabeza. Lanzó un ronco estertor.

Tuvo la sensación de que el suelo avanzaba hacia él. Antes de que llegara a caer del todo, recibió un nuevo culatazo y la habitación dio una vuelta entera en torno suyo. Luego ya no sintió más.

Sólo de una manera lejana, imprecisa, le pareció oír un extraño grito de Vicky.

* * *

Estaba en una de las habitaciones del sótano, atado de pies y manos. La habitación era muy húmeda y capas de salitre se adherían a las paredes. Una lámpara de aceite alumbraba apenas el lugar, disipando parcialmente las sombras.

Nick no sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que perdió el conocimiento, pero supuso que demasiado. Quizá solo quince minutos. Un terrible dolor en la nuca le hizo abrir y cerrar los ojos varias veces, hasta que empezó a reponerse.

Entonces comenzó a mirar en torno suyo, buscando algún sitio por dónde huir.

Necesitaba avisar como fuera al capitán Hudson. Si no lograba hacerlo enseguida, más valía que abandonara toda esperanza.

Incluso le extrañaba que Loman no le hubiera matado ya. No comprendía por qué no le había atado y le retenía prisionero, en vez de acabar con él como con los otros.

Palpó sus ligaduras. Estas eran sólidas y los nudos estaban bien hechos. No tenía la menor posibilidad de liberarse si alguien no le ayudaba.

Cerró otra vez los ojos. Su cabeza era un auténtico volcán. Sus propios pensamientos le anonadaban.

¿Qué papel jugaba Vicky en todo aquello? ¿Cuál era la verdad de su horrible mundo?

¿Estaba también marcada por la maldición de «Simba»?

No entendía nada de aquello, quizá porque todo era demasiado horrible para pensar en ello con intensidad.

Lo que iba a suceder estaba fuera de toda duda. Dentro de poco, su cadáver iría a parar también al pequeño cementerio de Nairobi. Todo era cuestión de minutos, quizá de segundos tan solo.

De pronto oyó un leve chasquido...

«Ya está —pensó—. Todo ha terminado.

Casi sentía curiosidad por saber cómo sería «Simba» en realidad. Por verlo cara a cara.

Miraba hacia la puerta, pero ésta no se movió. De pronto el chasquido se reprodujo y, al girar la cabeza, advirtió que aquel chasquido acababa de producirse en una de las ventanas enrejadas que había en el sótano. Aquellas ventanas eran dos.

Apenas podían permitir el paso de un hombre. Sin embargo, el que estaba al otro lado parecía capaz de pasar por sitios más estrechos. Nick apenas lo vio cómo una confusa sombra que se insinuaba entre la oscuridad.

No podía saber quién era. Pero en todo caso allí estaba una posible ayuda... si el hombre, fuese quien fuese, podía romper la reja.

Afortunadamente aquel tipo venía preparado con una cosa muy sencilla: una gruesa barra de hierro que manejó como una palanca. Puesto que la pared no era demasiado sólida, las rejas remetidas en ella no resistieron. Nick pronto las oyó crujir.

—¡Aprisa! —susurró—. ¡Aprisa!

Sabía que su vida o su muerte dependían de un minuto.

El desconocido no contestó. Cambió la palanca de posición y forcejeó por otro lado. Pronto la palanca acabó cediendo y se desprendió de la pared con un brusco chasquido.

Nick temió que Loman pudiese oírlo, pero nada indicó que se estuviese acercando. Después de aquel chasquido, el silencio volvió a imperar en la casa.

El desconocido pasó difícilmente por el estrecho espacio. Segundos después estaba en el interior del sótano.

Nick quedó petrificado al reconocerlo.

¡Era Temple!

Temple avanzó hacia él sigilosamente, mientras miraba con

recelo hacia la puerta.

—¡Pronto, no podemos perder un segundo! —farfulló Nick—. Corte estas ligaduras.

Temple se inclinó sobre él.

—¿Qué ha ocurrido?

—No perdamos ahora el tiempo en explicaciones. ¡Desátame! ¡Ellos pueden llegar en cualquier momento!

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Dígame a qué ha venido aquí, Temple. Ya no entiendo a qué vienen tantas preguntas.

—Hace noches que vigilo a Loman.

—¿Por qué?

—Sospecho de él. He empezado a pensar que quizá él es el responsable de todo esto.

—Yo no solo sospecho, sino que tengo la seguridad. Vamos, desátame.

Temple lo hizo. Empleando una navaja, le libró de sus ligaduras en unos instantes.

—Y ahora explíquese, Nick —murmuró—. No tenemos nada que temer. Llevo un revólver.

—Si cree que con eso puede ya confiarse...

—Vamos, por favor, explíquese. No podemos exponernos a dar un paso en falso.

—Un horrible asesinato me proporcionó la pista que me ha traído hasta aquí. Sé perfectamente que Loman es «Simba».

—¿Se lo ha dicho él? ¿O lo ha Visto en su otro aspecto, en el de hombre-león?

—No.

—Entonces puede estar equivocado, compéndalo.

—Yo no he comprendido nunca ese misterio del hombre-león —murmuró Nick, mientras se frotaba las manos—, pero me basta con saber que existe. He visto a sus víctimas y, además sé quién es. No perdamos más tiempo, Temple. ¿Quiere avisar a la policía?

—¿Al capitán?

—El es, justamente, el hombre a quién necesitamos. Hemos de encontrar un teléfono.

—¿Saliendo de aquí?

Nick reflexionó durante algunos segundos. Si era cierto que

Temple contaba con una pistola, tenían un importante punto en su favor. Además, contaban con la sorpresa.

—Si salimos —susurró—, ellos podrían huir.

—Entonces vamos a apresurarnos —propuso Temple—. Cuento con un buen *argumento*.

Extrajo una «Luger» nueva. Era un buen cacharro Incluso para acabar con un hombre-león, por muchos misteriosos poderes de la selva que estuvieran en favor suyo.

Nick lo sopesó.

—Quiero que me prometa una cosa, Temple.

—Dígamela. No creo que sea tan difícil complacerle.

—En la casa está Vicky también. No sé lo que ocurrirá, pero no quiero que ella sufra el menor daño.

—¿Es que le gusta la chica?

—Me une a ella un afecto que quizá usted no pueda comprender. La he ayudado desde que era una niña.

—Pero ahora es una mujer... Una espléndida mujer.

—No es eso lo que pienso, Temple. Es decir, lo pienso, pero creo que apreciaría a esa muchacha aunque fuese fea. Tiene que prometerme que nada le ocurrirá.

—Está bien, se lo prometo. No creo que ella resulte tan peligrosa como Loman.

Los dos hombres se dirigieron a la puerta. Esta se encontraba cerrada simplemente con el picaporte, no con llave. Sin duda Loman debió creer que ya era bastante precaución el haber atado a Nick.

Una escalera subía hasta los pisos superiores. Todo estaba sumido en penumbra.

Ascendieron en silencio. Unos peldaños más arriba, vieron las puertas de la planta baja.

También seguía todo en penumbra.

—Me parece elemental que obremos de un determinado modo —susurró de pronto Temple—. Puesto que los atraparemos por sorpresa, no creo que sea muy difícil inmovilizarlos.

—Si tenemos suerte, así será.

—Bien. En tal caso, una vez inmovilizados los dos, llamaremos a Hudson. Creo que así será todo mucho más sencillo y correremos menos riesgos. No podemos llamar al capitán y esperar a ver qué

ocurre mientras llega hasta aquí.

—Es lógico... Pero recuerde lo que le he dicho a propósito de Vicky. No quiero que sufra el menor daño.

—Descuide.

Llegaron hasta el piso superior, que era donde había visto antes a Vicky y Loman. Las habitaciones que atravesaron estaban materialmente repletas de objetos extraídos de la selva, de amuletos negros y de cuerpos de pequeñas fieras disecadas.

Una última puerta, al final de un corto corredor, dejaba pasar un, leve rayo de luz.

Los dos hombres se miraron.

Temple indicó con los ojos: «Adelante». Nick abrió de golpe la puerta, mientras el otro entraba llevando la «Luger» por delante.

Loman y Vicky se hallaban, en aquella habitación. Ambos estaban relleno de libros y apuntes un pequeño maletín. Alzaron la cabeza, asombrados, y en el primer instante no supieron reaccionar.

La sorpresa había sido completa.

Loman alzó los brazos antes de que se lo indicaran. En cuanto a Vicky, cuyo busto opulento ceñía hasta extremos inconcebibles la blusa, respiraba agriadamente.

Fue Loman el primero que consiguió hablar. Dijo en voz baja:

—Señor Temple, ¿qué significa, esto?

—Significa que la broma ha terminado, amigo Loman. A mí no me asusta como a los otros, de manera que levante las manos y acérquese poco a poco, sin desviarse de la línea recta.

Loman sonrió burlonamente.

—¿Es que me vigilaba?

—Claro que sí. ¿Para qué voy a negarlo?

Loman se acercó. Nick tenía los ojos clavados en Vicky, cuya mirada delataba el más profundo estupor. No supo por qué, la muchacha le dio pena.

La «Smith-Wesson» pasó del bolsillo del Loman al bolsillo de Temple. Este ordenó a continuación:

—Siéntese.

Los dos obedecieron. La segunda orden, pronunciada con voz seca y metálica, fue:

—Las manos detrás del respaldo.

Obedecieron también.

—¿Quiere atarlos, Nick? En la habitación contigua hay lianas de todas clases, tejidas por los indígenas. Nuestro amigo Loman es un gran coleccionista de objetos de la selva.

Era cierto. Había lianas de todas clases más allá de la puerta. Nick tomó dos de ellas y ató cuidadosamente a Loman y a Vicky. Su vida y la de Temple dependían de aquello.

Cuando ambos estuvieron bien sujetos, preguntó:

—¿El teléfono?

—¿Qué va a hacer? —preguntó Loman—. ¿Avisar a la policía?

—Al capitán.

—Hay muchas cosas que no entiendo —susurró Loman—, pero en todo caso, prefiero que las aclare el capitán Hudson. Está bien, llámele.

Nick miró a Temple.

—Lo haré yo —dijo este—. En efecto, más vale no perder tiempo. ¿Ha dicho dónde está el teléfono?... Es igual, no importa. Lo encontraré.

—Salió. Durante algunos instantes, Nick quedó a solas con Loman y con Vicky.

Se produjo un tenso silencio. Una atmósfera densa, irreal, parecía envolverles a los tres. Transcurrieron quizá treinta segundos que parecieron eternos. Al fin fue Vicky la que rompió aquel silencio.

—¿Por qué todo esto? —susurró.

—Lo siento, Vicky. Pero te prometo que no vas a sufrir ningún daño.

—¿Es que desconfías de mí?

—De ti y de Loman. Pero lo que ocurre pronto lo aclararemos con Hudson. Temple le llama directamente.

—Pues tarda demasiado.

—Voy a ver.

Nick no pensó que aquello pudiera ser una añagaza para hacerle salir de la habitación. Abrió la puerta y puso los pies en el umbral, más allá del cual solo había penumbra.

De pronto un objeto metálico cayó sobre su cabeza. No tuvo tiempo de ver nada. Sintió que ojos se cubrían de sangre. Cayó hacia adelante mientras el objeto duro y metálico volvía a abatirse

sobre él, chocando ahora con su nuca.

Nick cayó de bruces, pero no llegó a perder el conocimiento. Y no llegó a perderlo porque el horror fue más fuerte que aquellos dos golpes. Porque desde el suelo acababa de ver que alguien entraba en la habitación donde Loman y Vicky estaban aprisionados y sin posibilidad alguna de escapar.

¡Era «Simba»!

CAPITULO XIII

Nunca había visto una figura semejante, a pesar de haber luchado con ella en dos ocasiones. Era una escalofriante mezcla de hombre y de león, un ser humano con cabeza de fiera, cuya larga melena le caía sobre la espalda, y cuyos brazos terminaban en dos poderosas zarpas.

Esta era la primera vez que lo veía a plena luz. Y vio también hacia dónde se dirigía.

¡Sus zarpas buscaban la garganta de Vicky!

¡Iban a destrozarla!

Loman lanzó un auténtico rugido, mientras Vicky, muda de horror, dilataba los ojos hasta parecer que estos iban a salirse de las órbitas. La zarpa derecha voló hacia ella.

También voló Nick.

A pesar de los dos terribles golpes recibidos, sabía que no podía ceder. Si él no luchaba, Vicky moriría. Fue su propio horror lo que le dio fuerzas, lo que movió sus músculos como si estos obedecieran al mandato de una lejana voz.

Cayó sobre la rodilla del hombre. Estas no pudieron resistir el brutal impacto y se doblaron.

Cayó de bruces. De la cabeza del león escapó un leve rugido.

La zarpa izquierda voló ahora hacia la garganta de Nick, que pudo apartarse en el último segundo. Pero su camisa fue rasgada y en su pecho se marcaron varios surcos de sangre.

El dolor terminó de despabilar a Nick.

Sujetó con todas sus fuerzas los brazos del hombre, mientras la cabeza de león se alzaba hacia él.

Las fauces eran auténticas. Nick vio avanzar los colmillos hacia su garganta.

Tuvo que saltar de nuevo hacia atrás, y entonces su enemigo consiguió liberarse. Nick rodó por tierra.

También de su garganta escapaba ahora un rugido.

En este momento no le importó el peligro, no le importó morir. Las fauces y las garras que habían causado ya varias víctimas no le

impresionaron. Giró sobre sí mismo mientras «Simba» saltaba con agilidad que hubiese envidiado una auténtica fiera.

Las zarpas quedaron materialmente clavadas en las baldosas. Nick arqueó el cuerpo, y «Simba» saltó por encima antes de haber podido clavarle los colmillos.

Los dos giraron al unísono. Nick se daba cuenta de que podría resistir poco tiempo. Un solo zarpazo, una presa de aquellos afilados dientes bastaría para terminar con él.

La cabeza le zumbaba.

A pesar de que los golpes no habían terminado con él, su efecto se dejaba sentir. Notaba que las rodillas apenas podían sostenerle. ¡Y no tenía un arma! ¡No podía ni siquiera contar con la ayuda de una silla!

Volcó la mesa que había en la habitación cuando «Simba» saltaba. Tropezó y cayó por tierra.

La pierna derecha de Nick se dobló para que la rodilla se le clavara salvajemente en el hígado. Notó que todo el cuerpo parecía crujir después de aquel impacto. Nick decidió aprovechar aquel instante, aquel desfallecimiento momentáneo.

Golpeó ahora con la rodilla la base de la columna vertebral. «Simba» se le escurrió, pero el impacto había sido tan terrible que durante algunos segundos no pudo moverse.

Nick respiraba agitadamente. Sentía como si fuera a caer de un momento a otro. Dio media vuelta sobre sí mismo, se apoyó en una pared y volvió a la carga.

Una zarpa le desgarró, de arriba abajo, el brazo izquierdo. Por unas pulgadas no le alcanzó el pecho, lo que hubiera sido mortal. «Simba» fue a saltar de nuevo, y su columna vertebral se resintió del terrible impacto anterior. Vaciló unos instantes.

Nick golpeó en el mismo sitio. Fue un punterazo salvaje, que hizo al otro llevarse las manos a la cintura, aullando de dolor. El joven aplicó entonces una presa mortal, que había aprendido en sus clases de Kárate. Clavó la rodilla en los riñones de su enemigo, mientras con las dos, manos le tiraba brutalmente la cabeza hacia atrás, exponiéndose a una dentellada que pudo dejarle sin brazo.

Se oyó un chasquido largo, siniestro, y el cuerpo de «Simba» calló como el de un muñeco roto.

Nick se apoyó en una de las paredes, respirando fatigosamente.

Estaba agotado, y ahora se daba cuenta. Vio que Vicky tenía cerrados los ojos, respirando también fatigosamente. En cuanto a Loman, miraba al caído con expresión de asombro.

Nick logró reponerse. Arrancó la cabeza de león, que estaba perfectamente disecada y forrada por dentro, y debajo, como suponía, apareció el rostro sin vida de Temple.

Las fauces del león estaban ajustadas a la boca de éste, y mediante un sistema de pequeños resortes su fuerza se multiplicaba. Las mandíbulas de Temple podían, pues, dar a los dientes de la cabeza del león el mismo impulso que éste les daría. En cuanto a las garras, eran guantes perfectamente contruidos y terminados en unas verdaderas uñas de león.

Nick no quiso ver más. Desató a la muchacha y a Loman.

Este se pasó una mano por los ojos. Vicky no se había atrevido a levantarse aún.

—¿Por qué me encerró, Loman? —preguntó Nick con un soplo de voz.

—No sabía cuáles eran sus propósitos. Quería avisar al capitán Hudson, pero Vickv me pidió que lo meditara bien antes. Fue esa la causa de que no lo hubiera hecho aún cuando los acontecimientos se precipitaron.

—Creo que hay muchas cosas que debemos aclarar aún —susurró el joven—. En primer lugar, solo Temple pudo matar al esposo de Vicky. Coincidimos en el viaje a Londres; también estaba él en Inglaterra cuando yo fui atacado en la ciudad de Margate, en la casa donde ella estaba alojada entonces. Y regresó cuando «Simba» empezó a actuar de nuevo en Kenya. Pero ¿de dónde ha podido sacar esta cabeza de león y estas zarpas?

—No es difícil —murmuró Loman—. Hay buenos embalsamadores en este país.

—¿De dónde debió sacar la idea de «Simba»?

—No necesitó sacarla de ningún sitio. Es una idea que está en el aire —dijo el mismo Loman—. Muchos negros creen en el hombre-león, y yo mismo, en mis libros, me he guardado muy mucho de desmentir esos rumores. Ted, el cirujano, había operado a un hombre llamado Holt, y durante un tiempo creí que sería él el maniático causante de esos crímenes. Pero Holt fue detenido ayer; lo he sabido esta mañana. No es más que un pobre anormal a quién

supongo que Temple mantendría. De este modo siempre contaba con un sospechoso de primer grado.

—Pero la historia arranca de más lejos... —susurró Nick—. ¿Cómo se explica el que un león penetrara en el orfelinato cuando Vicky era una niña?

—Los crímenes de los hombres-leones han sido más o menos frecuentes en esta zona desde hace largos años —siguió explicando Loman—. No me cabe duda de que aquel fue cometido por algún brujo enloquecido que llegó desde la selva, y que usaría unos artilugios muy parecidos a los de Temple. Por cierto, supongo que éste llevaría frecuentemente consigo un paquete con todo esto. Hasta aquí lo habrá traído en su coche, es de imaginar.

—Pero ¿por qué esos crímenes?

—Supongo que quería matar a Vicky —dijo lentamente Loman.

—¿Y por qué no la mató primero a ella?

—Porque quería que jamás sospecharan de él, de Temple. Quería que, cuando Vicky muriese, el crimen fuera considerado como uno más de la serie, sin especial relieve, y que en todo caso el acusado fuera Holt.

Nick hizo un gesto de asentimiento. Y preguntó de repente:

—¿Usted estuvo en mi apartamento, Loman?

—Sí.

—¿Para qué?

—Quería interrogar a su criado. Sospechaba de usted, Nick, debe comprenderlo. Y la historia me interesaba mucho para uno de mis libros; me interesaba tanto que hubiera corrido cualquier peligro por aclararla.

—¿Por qué se asustó Niko y huyó?

—Quizá porque todas las preguntas que yo le hice sobre «Simba» le sacaron de quicio. Los negros son supersticiosos por naturaleza. Pensó que corría peligro y huyó; pero volverá pronto, cuando sepa que la historia se ha aclarado. Igual debió ocurrir con el guía, con Charlie, el que le atacó en la selva, según explicó usted mismo a Hudson. Charlie debió ver al hombre-león y pensó que éste, realmente, era un ser sobrenatural. Cuando «Simba» le ordenó que le matase a usted, él obedeció. Piense sobre todo en esto: Temple quería que la cadena de crímenes fuera lo bastante extensa para que la muerte de Vicky no llamara demasiado la atención; pero era esa

muerte la única que le interesaba. No le importó incluso matar a una pobre muchacha negra en el hotel Llanura. O a un negro tatuado que quizá hablaría en exceso. Todo tenía que dar la sensación de algo caótico, sobrenatural, que Hudson no se atreviera ni a investigar. Y la verdad fue que estuvo a punto de conseguirlo.

Nick miró a Vickv. Sus párpados temblaron un momento.

—Vicky —susurró—. ¿Tú estabas realmente en aquella habitación del hotel Llanura?

—Sí; conocía a aquella muchacha. De niña había estado en el orfelinato. Intentaba salvarla, sacarla de aquel ambiente, pero ella no quiso escucharme. Tuve que salir enseguida.

—Hay otra pregunta: ¿Comes con frecuencia carne casi cruda?

—No... ¡De ningún modo! Casi me repugna, pero el médico me la recomendó. Dijo que así alimenta más y que yo estaba muy abatida.

Los ojos de Nick se volvieron hacia Loman.

—Todo esto no explica aún por qué «Simba» quería matar a Vicky —musitó.

—Es sencillo. Lo he averiguado en el curso de mi último viaje por la selva. Vicky es hija de un rico reyezuelo, quien la devolvió a los blancos dejándola en aquel pedazo de selva cuando supo que unos europeos pasaban por allí. Pero Vicky, cuya madre blanca murió hace muchos años, es heredera de un pedazo de selva donde hay un yacimiento de brillantes ignorado hasta ahora. Ignorado por casi todo el mundo... menos por Temple. Él no podía discutir sus derechos legales a una mujer blanca, pero si ésta moría, podría perfectamente apoderarse de aquellos terrenos porque los negros no saben defenderse ante un tribunal. Tal era su idea; para ello necesitaba que nadie relacionase con los terrenos la muerte de Vicky, la leyenda de «Simba» le vino como anillo al dedo.

—Renunciaré a todo eso —musitó Vicky por entre sus labios apretados—. No quiero nada que ha costado tanta sangre.

Nick sonrió levemente. ¿Cuánto tiempo hacía que no lograba sonreír? Quizá desde que aquello empezó. Desde que empezó a vivir en un clima de pesadilla.

Abrió la puerta.

—Voy a llamar a Hudson —susurró.

Vicky se puso en pie. Caminó hacia él.

—¿Ya sabes dónde está el teléfono? —musitó.

—No.

—Te acompañaré.

Cuando estaban en la otra habitación, un despacho donde destacaba el auricular blanco del teléfono, ella musitó:

—Es cierto todo lo que te ha dicho Loman. Sospechabas de él, ¿verdad? Yo sé que incluso algunos negros le llamaban «Simba» a causa de sus investigaciones sobre los hombres-leones. Y a muchos les daba su número de lector de la biblioteca nacional, para encontrarse con ellos en aquel edificio, donde escuchaba sus historias. Pero lo que te ha dicho es cierto absolutamente. Yo iba a trabajar como secretaria suya. La verdad es que necesitaba un empleo.

Nick descolgó el auricular. Y de repente se dio cuenta de que su derecha temblaba.

—Vicky... —susurró.

Ella tenía los párpados entornados.

—¿Qué, Nick?

—Yo... yo tendría un empleo muy bueno para ti... Es decir, si tú...

Los labios de la mujer dibujaron una suave, una tenue y esperanzadora sonrisa.

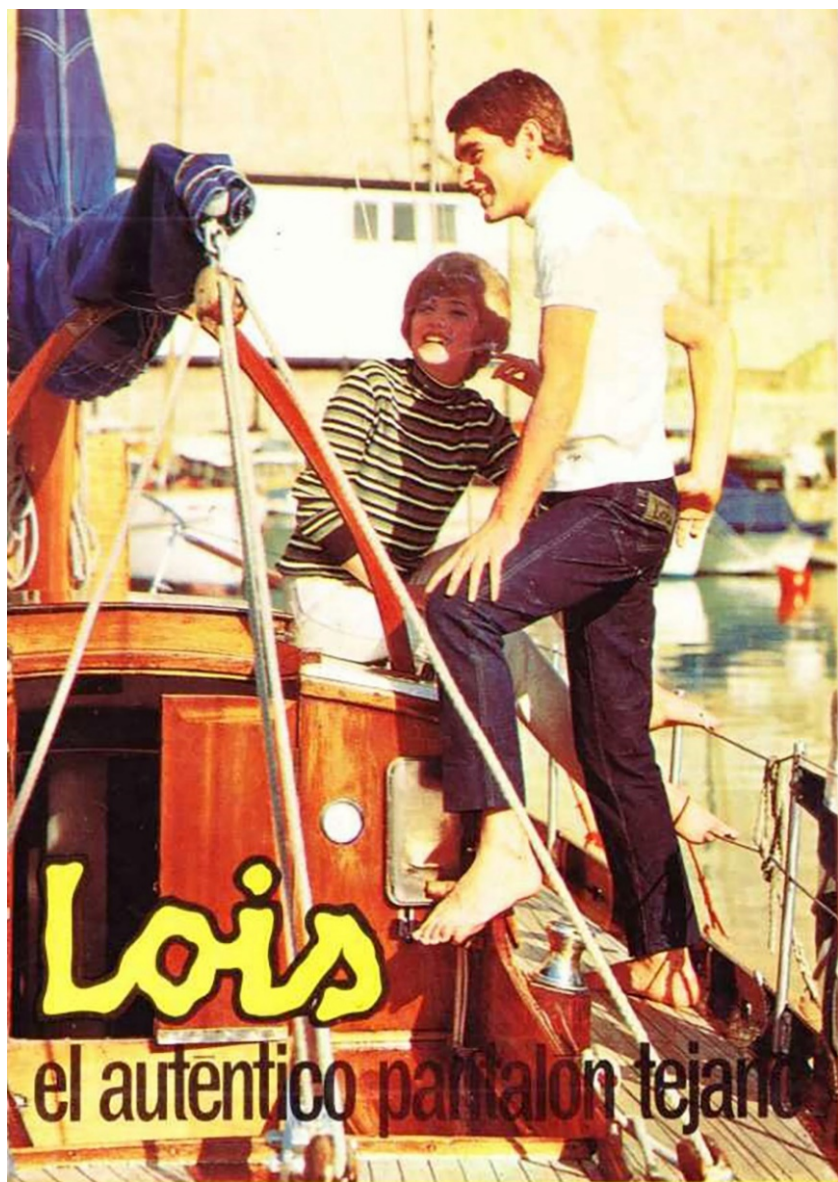
—Creo que tú y yo debemos conocernos mejor, Nick. Creo que todo llegará... pero hay algo con lo que debes tener cuidado. Algo que no debes llamarme nunca.

—¿El qué?

—Leona.

Nick se mordió el labio inferior. ¡Diablo, era eso justamente lo que pensaba llamarle! Pero se contuvo y marcó el número del capitán Hudson, mientras la mujer, a su lado, le miraba fijamente a los ojos.

FIN



Lois

el auténtico pantalón tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.